

CAPÍTULO 1. La llegada

A paso vivo avanzó por la pasarela que unía el barco al muelle, en cuanto pisase de nuevo suelo firme comenzaría su permiso, corto aunque merecido, después de tres meses de cabotaje por la costa Este de Ansalon, sin que ni él ni sus compañeros pudiesen desembarcar apenas... aunque el patrón sí que lo había hecho varias veces, listo él..., y el que les pagaba, con los beneficios de aquellas salidas del barco a los diferentes puertos pesqueros y pequeñas factorías que perlaban aquella costa.

Y lo cierto era que el dueño de la Náyade era más generoso de lo que se usaba en aquella época y en aquella zona. Así, las piezas de acero tintineaban en el bolsillo derecho de su pantalón, mientras el izquierdo era ocupado por las llaves de su pequeña casa, a las afueras de Flotsam, un hogar, si así puede llamarse la morada terrestre de un marinero, comprado a medias con su hermano, soltero como él, pero asentado en tierra firme por sus estudios de magia, que le hacían viajar tanto que no sabía a ciencia cierta si lo encontraría.

Aunque sería más tarde cuando se dirigiese hacia allí. Sus pasos, no sabía mandados por quién, si por su memoria, su corazón o los viejos usos, se dirigían hacia el Este de la ciudad. Pronto dejó los barrios populosos, llenos de gente bulliciosa y poco ociosa, y su sombra comenzó a invadir el terreno bien apisonado de la zona rica, silenciosa pero rebosante de un cierto “poder”, como lo definiría su hermano, que la hacía ominosa para unos, acogedora y codiciada para otros, pero en cualquier caso necesaria para el resto de la ciudad, pues allí residían los mercaderes mejor situados, los viejos caballeros de mejor fortuna y los prohombres pasados y presentes de la villa, seguros por la tranquilidad de siglos de orden inmutable, junto con sus familias.

Después de ascender unos pocos minutos a paso cada vez más vivo, llevado por una impaciencia que sólo el mar y la costa, cercana pero yerma e inalcanzable, habían podido calmar durante las pasadas semanas, hasta el punto de no saber siquiera que existía, llegó por fin al portalón de la villa familiar de su destino.

Su llegada, casi sudoroso, con el cuerpo moreno y fibroso, la cara curtida enmarcando unos ojos verdes fulgurantes de mil sentimientos, alarmaron al gigantón que cuidaba la puerta. Nada llevaba aquel desconocido, ni arma ni fardo ninguno ocupaban sus manos. Tan sólo un escaso macuto tapaba parte de su delgada y hasta estrecha espalda. Un escuchimizado vagabundo, envalentonado por algún extraño y demasiado fuerte licor enano, sin duda, pensó el guardia, para al momento cumplir con su obligación e interrumpir el caminar del marinero, que casi ciego a cuanto le rodeaba, franqueaba ya la entrada, tan abierta como el resto de confiadas casas familiares de Flotsam.

- Alto, forastero -espetó el guardia, avanzando su manaza al frente, hasta casi tocar el pecho del visitante, en cuyo caso casi lo habría cubierto por completo, de hombro a hombro. - ¿Qué quereis aquí? No damos limosna en persona.

La voz potente y seca, más que la figura del musculoso guardia, fue lo que detuvo al marinero, quien asombrado por la rápida aparición en su campo visual de quien llevaba allí casi cinco horas de turno ya, sólo acertó a decir:

- Yo..., yo...-mientras alzaba su mirada hasta la perpleja y casi divertida cara del gigante que le cerraba el paso.

- Sí, vos... - le animó a seguir, el guardia, socarrón.

- Me llamo Lukof, soy marinero de la Náyade, y acabo de atracar. Vengo a cumplir una promesa que hice en mi último atraque, hace tres meses.

La voz de repente segura y firme del bajito, su discurso bien formado, más cercano al de sus señores que al de sus amigos, hicieron al guardia retirar su mano, mientras decidía si creer a aquel canalla (porque seguro que lo era), en cuyo aliento no pudo descubrir rastro de alcohol, y cuyos ojos, pese a seguir brillando, tenían ahora más la luz de la inteligencia que la de la pasión, como poco antes ocurría.

- Acompáñame, pero asegúrate de que así lo quieres si es que mientes, porque si es así...

Sin vacilar adelantó el paso el guardia, seguro de su superioridad, mientras Lukof seguía con dificultad aquel paso tan rápido.

Después de menos de un minuto a través de un jardín tan bien cuidado como Lukof lo recordaba, por un camino de grava bordeado por diferentes y frondosos árboles, casi tan bien cuidados como lo habrían hecho unos elfos, llegaron a la entrada de la casa.

Ésta se levantaba con dos equilibradas alturas por encima del jardín, hasta las copas de unos árboles que la ocultaban por completo del exterior, si es que alguien se hubiese molestado en intentar espiarla desde allí. Piedras grises bordeaban y decoraban las esquinas de una paredes perfectamente encaladas, mientras algunas enredaderas habían recibido permiso para vivir en los pilares de bella madera labrada de la balconada del primer piso, hasta casi llegar al tejado, rojo y de dos aguas, como correspondía a Flotsam, una ciudad en la que la humedad del mar concitaba numerosas tormentas y días de lluvia al cabo del año.

- ¡¡Lukof!!

La mirada del marinero volvió a ser dominada por la pasión, sus rasgos se distendieron, dando paso a una sonrisa de ansiedad que no desentonaba con aquel rostro equilibrado, pese a destacar tanto su blancura frente al bronceado que el mar le había proporcionado con los años, mientras su cabeza se alzaba hasta aquel balcón, terraza elevada, de hecho, pues ni un milímetro había encogido desde que la vio por última vez, y en la que se escuchó de inmediato cómo varias sillas se arrastraban al levantarse sus ocupantes, la primera entre ellos la persona que de inmediato atrajo toda la atención de Lukof, la joven que había proferido aquel grito de alegría al ver aproximarse al guardia junto con el visitante.

La visión de la bella joven fue fugaz, pues inmediatamente se introdujo en la casa, para bajar atropelladamente hasta su porche, donde Lukof había olvidado la presencia del guardia, y éste se encontraba la mar de confuso. El ruido de sillas desde el balcón se interrumpió casi a la par que resonó la voz potente de un anciano de tez

cetrina y ojos marrones, que se asomó para ver por sí mismo la causa de la excitación de su hija.

- Lukof, mi joven amigo, estupenda sorpresa, esperad que bajemos... - y el resto del discurso se perdió en el interior de la casa. El padre de la damisela bajó junto a su esposa, aunque ésta no se asomó al balcón en ningún momento.

Cuando el matrimonio llegó al porche, el guardia ya empezaba el regreso a su puesto, mientras que la cara de Lukof quedaba enterrada en la cabellera de la señorita, que en un arrebató le había abrazado. La respiración del marinero, si existía, era entrecortada, y la asfixia provocada por el abundante pelo castaño de la damisela no era exactamente la principal de las causas de aquello.

- ¡Lya! ¡Apártate inmediatamente!

La voz autoritaria y seca de la madre de Lya interrumpió su arrebató y los problemas respiratorios de Lukof pasaron a ser meramente de protocolo. Tenía que ocultar el sonrojo que invadía su cara, pues no estaba seguro de que la tez morena y las sombras crecientes fueran suficientes para tapar algo que ninguno de los presentes debía conocer.

Recuperando la compostura de un modo que él creyó admirable, se dirigió hacia la madre de la damisela, y con una inclinación de cabeza le cogió la mano que aquélla ofrecía, y mientras recuperaba la rectitud de su figura, saludó:

- Es un placer volver a veros, milady Arehal, así como a vuestro marido Joral -añadió, girando el rostro hacia el sonriente padre, que había observado toda la escena entre divertido y preocupado.

- El placer es nuestro, Lukof, por favor, entrad con nosotros. Las tardes de otoño dejaron hace años de sernos inocuas a Arehal y a mí, por mucho que a Lya y a vos no os afecte el incipiente frescor... -exclamó, mientras Arehal le miraba de nuevo enfadada, al captar la ironía implícita en las últimas palabras de su marido, y ver cómo la tez de Lya, de ordinario blanquecina, se tornaba cada vez más rosácea, en una reacción que sólo un participante despistado habría atribuido a la temperatura descendiente. Como ingenuamente pensó el guardia, que aún alcanzó a escuchar cómo Lukof cedía con un "por favor" el paso a Lya, que entró junto a sus padres a la casa.

Decididamente parecía que su juicio inicial sobre el desconocido había resultado erróneo.

CAPÍTULO 2. La relación de los hechos

La magnanimidad de los Feetberg no había cambiado nada con el tiempo, seguía siendo apabullante. Sólo el hecho de que conociesen a Lukof y que su naturaleza era más estoica que báquica hizo que no les enfadase la negativa de él a acabar los pantagruélicos platos de que constó aquella cena. Además, lo importante no era la cena en sí, ni siquiera la compañía y la bienvenida al recién llegado, sino lo que éste había venido a cumplir...

- Lukof, cuéntanos, por favor, qué aventuras has tenido que pasar en el mar caprichoso, qué penalidades has superado, y qué maravillas has visto, por favor, cuéntanos, cuéntanos...

La animada Lya tuvo que interrumpirse cuando se dio cuenta de las llamas que salían de los ojos de su madre, y se reconvino casi mordiéndose el labio inferior, porque además su madre tenía razón, ella ya no era una niña...

- Bueno, Lya, me parece que mitificáis la figura del marinero, no he sufrido penalidades, ni nos han atacado monstruos marinos ni bellas nereidas. El viaje ha sido, si no placentero, pues ningún trabajo lo es, sí tranquilo al menos. Y no creo que queráis que os aburra con detalles de nuestras mercaderías...

- No podría aburrirme jamás con tus aventuras, Lukof... -acertó a decir Lya antes de que su madre quisiese explotar y antes de que la llama de la desilusión se instalase en sus ojos, ya bajos cuando terminó la frase.

La escena resultó adecuadamente cortada con la aparición del servicio para retirar los enseres del postre recién acabado, acción que dio lugar a que Lya y Arehal se separasen de los hombres, o más bien a que Arehal prendiese a Lya de una manga, muy discretamente, eso sí, y se la llevase a las estancias superiores. No sólo era el temor a lo que presentía en el corazón de su hija lo que la hacía obrar así, sino también que sabía perfectamente lo que su marido y Lukof debían tratar.

En efecto, éstos se retiraron prestos al despacho del antiguo alcalde de Flotsam. Al contrario que la de otros, su fortuna no se había labrado en la alcaldía, sino que era fruto de herencias, trabajo duro y matrimonio, y por tanto sin manchas que ocultar. Había llegado a dirigir la ciudad 30 años atrás, y había cumplido durante diez, hasta que la gente opinó que había que tratar a las poblaciones vecinas de elfos, enanos y kendens con mano dura. Curiosamente, ninguno de los alcaldes que le sucedieron llegó nunca a tener el mismo favor del pueblo que él, ni por supuesto a servir a la ciudad tanto tiempo, quizás porque junto con el cambio de política sobrevinieron desgracias comerciales, y algunos periodos en que la ciudad rondó peligrosamente la línea que separa la necesidad de la pobreza. Desgraciadamente para las cuatro razas, pocos escuchaban las advertencias de los aún menos que achacaban aquello, al menos en parte, a la falta de productos de marroquinería y de herramientas de manufactura enana, a la carestía de los pocos muebles enanos que quedaban en los almacenes municipales, a la inexistencia casi de comunicaciones con el resto del continente toda vez que los kendens vieron prohibida su entrada en Flotsam, a la degradación de la dieta que sufrió toda la población cuando tuvieron que alimentarse de los productos de su agricultura, pobre en técnicas frente a la sabiduría elfa y cara en términos absolutos ya que casi todos los

hombres en edad de trabajar la tierra estaban también en la de luchar, en un ejército de la ciudad que se llevaba demasiados recursos en pro de una “causa justa”...

Al terminar su mandato, Joral contaba con 48 años, estaba en la flor de la vida para un humano, y recién casado, y él y Arehal decidieron conocer parte del continente al menos, de modo que lo recorrieron durante dos años, antes de volver a Flotsam en un maravilloso viaje marítimo a lo largo de la costa, frutos del cual eran la bella Lya, y los múltiples recuerdos que adornaban el amplio despacho, detrás de cuyo escritorio (un mueble recio como sólo un carpintero enano podía conseguir, y adornado como sólo un orfebre enano podía trasladar desde la imaginación a la realidad), se encontraba ahora Joral.

- Dime, Lukof, ¿de veras ha sido tan tranquilo y provechoso vuestro viaje a bordo de la Náyade de mi amigo Svendi? - dijo, a la vez que alcanzaba al ahora serio marinero un rollo marrón de aromática hierba de Abanasinia, que éste prendió y se llevó a la boca, a la vez que su contertulio, de modo que el despacho se llenó pronto de un aroma dulzón.

- Provechoso sí, maese Joral, sobre todo para Svendi. Se está haciendo de oro mercadeando con todas las factorías de Goodlund...

- Un beneficio del que los marineros os lleváis una parte nada despreciable, según creo tener entendido...

- En efecto, pero bien sabéis que no es nuestro trabajo lo que vale ese salario, sino el resto de... nuestros servicios...

Las bocanadas de humo de ambos hombres se mezclaban caóticamente sobre sus cabezas, orlándolas de un color blanco en el que ambos se reconocían como iguales, pese a la presunta dedicación servil de Lukof.

- Sí, lo sé, y precisamente por eso os debo seguir preguntando por la “tranquilidad” del viaje...

Lukof no quiso incomodar más al ex alcalde, no le convenía, y no era en absoluto su intención, era sólo que aún sentía escalofríos al recordar algunos pasajes de su viaje...

- El viaje fue tranquilo hasta que llegamos a Fishgaard. Svendi desembarcaba en cada factoría, en cada aldea de pescadores, y siempre volvía con beneficios, o con nuevas mercancías. Sin embargo, encontramos Fishgaard vacío. El pueblo se encontraba deshabitado, cuando atracamos, extrañados, nos pareció que la gente había huido dejando de inmediato todo lo que se encontrara haciendo. Las puertas de las casas se encontraban abiertas, igual que las tiendas, los templos, todo... Se respiraba temor en aquellas callejuelas en que sólo resonaban nuestros pasos, y decidimos volvernos al barco.

- ¿Erais los únicos? ¿No había más barcos en el muelle?

- No, sólo nosotros, y diez marineros con dagas no son ejército...

- Tranquilo, sólo juzgo vuestra actitud como prudente...

- En efecto, eso fue algo que también nosotros comprobamos con alivio...

- ¿Pues? Continúa, me estás inquietando, Lukof...

- No es para menos... - adujo el marinero, mientras aceptaba de manos de su anfitrión una copa lleno de brillante vino élfico. - Nos alejamos, siguiendo nuestra derrota hacia Soudtown. Creo que conocéis aquella costa. Hacia el Sur, unas pequeñas colinas protegen Fishgaard, a la par que la encajonan con la cordillera de la costa, casi perpendicular. Sin embargo, no son la misma montaña, hay un valle que separa las dos formaciones, por donde discurre el río Sweetvand, en cuya orilla, diez millas más al sur, se asienta Soudtown. Pues bien, poco antes de llegar a esa aldea, se hace visible el hueco entre ambas cordilleras, y en días muy claros hasta se pueden divisar las calles de Fishgaard. Sin embargo, aquella mañana lo que vimos fue...

Algo impedía que Lukof siguiera, y Joral sólo pudo adivinar en los ojos de aquel hombre algo que nunca había pensado que llegara a sentir, miedo.

- Lukof, ¿qué visteis? Por todos los astros, dímelo...

- Vimos una ciudad flotando en el aire, protegida por un dragón.

Las implicaciones aterrorizaron a ambos, que dejaron que los cigarros se quemasen en el cenicero, mientras apuraban de sendos tragos sus copas.

CAPÍTULO 3. Más acontecimientos

- De nuevo dragones en Ansalon...

- Sí, así es, maese Joral.

- Sigue contando, Lukof, por favor...

- Está bien... - el marinero se atrevió a servirse él mismo una nueva copa, no sin antes servirle otra a su anfitrión. - Sólo recuerdo que a todos nos entró un pánico más profundo que el propio Mar Sangriento. Fue sólo una visión breve, pues pronto nuestra ruta de entrada a Soudtown y las montañas se conjuraron para evitarnos aquel horror. De hecho, ni siquiera cuando salimos de Soudtown rumbo a una aldea de pescadores de focas en el mismo borde del Muro de Hielo volvimos a ver aquella aparición. Sin embargo, los detalles se me han quedado grabados a fuego en la retina...

- ¿La gente de Soudtown os dijo algo?

- En Soudtown sólo desembarcamos Svendi y yo (y eso como gesto excepcional por su parte)...

- Lukof, conoces los riesgos... - le reconvinó el ex alcalde.

- Sí, los conozco -aceptó el marinero. - Soudtown estaba llena de vida, era algo incomprensible, porque las leyendas nos dicen bien a las claras cuán notables y “exhibicionistas” eran los dragones de la antigüedad. Tan normal vimos que estaba el pueblo, que no nos atrevimos a preguntar nada (Svendi es muy prudente cuando se trata de su bolsillo, y yo mismo me di cuenta de que nombrar esa palabra en aquel lugar podía ser contraproducente para nuestra misión)...

- Por favor, Lukof, recuerda lo que prometimos, nada de...

El marinero comprendió a la perfección el gesto con que Joral acompañó sus palabras.

- Perdonadme, maese Joral, llevais razón. Lo cierto es que dejamos Soudtown camino del Muro de Hielo, a cuya aldea llegamos una semana después, y en donde Svendi hizo el mejor de sus negocios, pues cargamos tantas pieles que en el camino de vuelta nos han durado incluso hasta aquí. Y es curioso, porque en esa derrota nos alejamos bastante de la costa cuando llegamos a la altura de Fishgaard, y constatamos que el pueblo seguía igual de vacío, pues era indetectable desde el mar, bien al contrario que el resto de aldeas y factorías, cuyas luces a veces hasta sirven de faros; Svendi no volvió a desembarcar hasta dos aldeas después.

- Me alegro de que no hayais sido descubiertos ni destruidos, lógicamente, pero lo que me dices me llena de perplejidad y preocupación.

- Sólo vimos un dragón junto a la ciudadela flotante.

-Ése es otro enigma, pocos en el pasado eran capaces de la magia necesaria para la creación de esos ingenios y su puesta en vuelo, y muchos menos aún deberían serlo en los tiempos modernos que vivimos, en que la magia no es más que el divertimento del pueblo... ¿Qué sabes de tu hermano, Lukof?

- Nada aún, cuando lo dejé hace tres meses iba a partir hacia Palanthas, pero aún no he pasado por casa, así que no sé más.

- Está bien, es casi medianoche ya, duerme aquí esta noche, y ve mañana a tu casa...

- Os estoy muy agradecido, milord, pero comprended que llevo fuera bastante tiempo, y añoro aquellas cuatro paredes y los recuerdos que sustentan...

-Oh, sí, te entiendo, joven amigo. Si ese es tu deseo, adelante, pero permite al menos que te escolte uno de mis guardias, el que te dio el alto esta tarde, Frenziel, es endiabladamente fuerte y muy bueno con el acero forjado

Las volutas de humo se habían ido deshaciendo, después de que sus causantes se sintiesen demasiado nerviosos hasta para seguir fumando, aunque el aroma dulce de aquel tabaco seguiría impregnando el despacho durante el resto de la noche, hasta que alguien del servicio lo ventilara por la mañana, e invadiría los sueños de quien había estado escuchando clandestinamente la conversación...

CAPÍTULO 4. Sueños

Nada perturbó el camino de Freniel y Lukof, quienes en menos de media hora se encontraban frente a la entrada de la casa del segundo.

- Freniel, a buen seguro que la jornada habrá sido dura, y me encantaría ofreceros al menos un vaso de aguardiente, pero acabo de llegar de viaje, y no creo que haya entre esas cuatro paredes nada que nos pueda reconfortar...

.- No os preocupeis, Lukof, mi casa está cerca de aquí; mañana mi turno comienza antes del mediodía, maese Joral me ha pedido que os devuelva con él a esa hora, por favor, estad preparado.

- Así será, Freniel. Hasta mañana.

Lukof observó cómo el gigantón se alejaba a paso vivo hacia la parte pobre de la ciudad, mientras él entraba en su casa.

Todo estaba frío y recogido, sólo algo de polvo delataba el paso del tiempo en aquellas estancias, vacías como pudo comprobar al no recibir ninguna respuesta a su esperanzado

- ¡Hermano! ¡Ya he vuelto! ¡Boasil! ¿Estás?

Nada ni nadie le respondió, por lo que se dirigió hacia su habitación, en la parte trasera de aquella casa de madera y una sola planta en la que su hermano Boasil y él habían decidido vivir cuando las cosas les empezaron a ir bien, una vez que alcanzaron un cierto grado de conocimiento interior, por llamarlo de algún modo...

La cama, tal cual la había dejado meses atrás, acogió crujiendo pero acogedora aquel cuerpo enjuto y cansado de dormir en el estrecho y balanceante coy de la Náyade. Pronto la oscuridad que dominó la habitación al apagar la vela dejó de dominar su imaginación, que se pobló de la figura y la voz de Lya. Recordó cada uno de sus gestos de la cena, trató de interpretar sus palabras, sus frases, de encontrarle un sentido halagüeño, pero ni una sola vez se dejó vencer por la esperanza. Sabía que estaba tan lejos de su alcance como si ella no le amase... Pronto placenteros sueños en que tal posibilidad efectivamente se daba sustituyeron a su débil imaginación, pero Lukof nunca pensaría que eran sueños benignos, pues algo más fuerte que él le decía, incluso en sueños, que ni siquiera aunque surgiera el verdadero amor entre ambos podría él repetir lo que antaño había hecho la persona a quien más admiraba en el mundo, su mentor, por llamarlo de algún modo, su padre casi, “maese” Joral.

Más o menos en esos mismos momentos, en la posada “El dragón caído” de Flotsam comenzaba también su descanso un enano. A Phelir, el posadero, le había extrañado sobremanera que el enano no le vaciase la bodega con su sed, antes bien, parecía luchar consigo mismo por mantenerse sobrio a base del mejor remedio de todos para eso, no beber, aunque sí que había hecho honor al arquetipo de su raza dándose un auténtico banquete de carnes variadas, algo que el posadero agradeció, aquella época de tranquilidad entre las cuatro razas le venía bastante bien.

Los pensamientos de Grost, el enano, no eran tan dulces como los de Lukof. En su retina se habían marcado profundamente escenas de guerra contra los humanos, hacía ya bastante en términos humanos, pero casi nada para él. Aquellos endebles humanos deberían sentirse agradecidos y admirados por cómo los enanos habían sabido contenerse cuando tuvieron la oportunidad de revancha. Pero no, los enanos de aquella época les habrían parecido casi afeminados a los de eras anteriores, y un poco también a Grost. Muy pocos humanos le merecían algún respeto, y más por su inteligencia que por su fuerza física. Pero aquélla era incluso más escasa que la segunda, y ese número de humanos respetados por Grost no hacía más que disminuir por causa de la propia naturaleza humana.

Precisamente a la mañana siguiente se reuniría con uno de esos pocos humanos, el único prohombre de Flotsam que no había enviado, veinte años atrás, a sus hombres en las razzias que diezmaron su aldea, pues Joral, de él se trataba, se había mantenido neutral, gastando así su prestigio con una posición por lo menos polémica. Gracias a él, y a otros pocos, pero también por culpa de la pobreza en que se veía envuelta periódicamente la ciudad, los individuos de las otras razas eran al menos respetados en las calles de Flotsam ahora. Su llegada había sido observada por mil ojos y comentada en susurros por la mitad de bocas, ya que algo a lo que nunca renunciaría Grost eran sus aperos de combate. Al contrario que algunos congéneres a los que conocía, que iban de simples mercaderes cuando entraban en una ciudad o aldea humanas, él gustaba de dejar bien claro que cualquiera que se metiese con él podía verse envuelto en un buen lío, y acabar pasando una buena temporada en la posada hospitalaria de Flotsam, un establecimiento precisamente impulsado por Joral durante su mandato. Así, el orgullo de aquel enano vestido con armadura de cuero por debajo de una capa enana, con una espada pequeña pero seguro que afilada colgando de su cinturón, y el escudo cubriéndole toda la ancha y recia espalda, llenó por completo las calles que le llevaban desde la puerta de la ciudad hasta la posada de Phelir.

Pese a sus pesadillas, pronto los ronquidos del enano llenaron de ecos su habitáculo y los contiguos.

Y habrían roto, sin ninguna duda, el sueño frágil de Lya, quien en su amplia alcoba casi sentía el eco de las hojas de los árboles meciéndose fuera de la casa. Le había costado conciliar el sueño. No se esperaba la llegada de Lukof, cuando se fue hacía tres meses se había mostrado tan distante y retraído hacia ella que no supo qué pensar, tan diferente lo había visto de su antiguo maestro pero a la vez compañero de juegos y secretos. Algo en su alma le decía que aquella época ya no volvería ahora que había sobrepasado los dieciocho años, que un día tendría que elegir entre la decena o así de aspirantes a su favor que cada semana intentaban conquistarla en los bailes de la alta sociedad de Flotsam, aunque a ninguno conocía ni mucho menos amaba: si pudiera describir ese último sentimiento, sin duda se lo adjudicaría al ahora marinero, que de pequeña había sido para ella instructor, y más de mayor guardia en sus paseos por la ciudad. Tan débil era el sueño de Lya que ni siquiera daba lugar a sueños, pero tampoco a pesadillas. No tenía que haber escuchado aquella conversación, que la había llenado de tanta inquietud y desasosiego. Algunas cosas empezaban a encajar en su cabeza sin que ella se diese cuenta, como piezas de un rompecabezas que no sabía que existía, mientras la noche avanzaba. La Lya que despertase de aquel sueño ligero como su corazón sería una mujer nueva.

CAPÍTULO 5. Reunión

- Bienvenidos, señores. Hace unos meses les pedí que vinieran, y me llena de satisfacción ver que mi petición ha generado la suficiente confianza en ustedes como para aceptarla.

Lukof y Grost no se conocían, pero tenían algo en común, su extrañeza ante la presencia de Frenziel junto a ellos y maese Joral en el despacho de éste. Al enano al menos le convencieron los músculos marcados del gigantón como para dignarse tenerlo en cuenta, mientras que, por el contrario, fueron los ojos de Lukof los que le hicieron, si no ponerse en guardia, sí al menos tenerle también en consideración. No le cabía duda al enano de que aquel cuerpo falsamente esmirriado tenía nervios de acero y era guiado por una inteligencia notable, al menos.

- Aquel día les dije que hoy les podría no contar nada, y deshacer por tanto nuestras relaciones, o bien continuarlas porque algo importante hubiese ocurrido. Lamento decirles que se trata de los segundo.

Acto seguido les alcanzó a Frenziel y a Grost un taco de pergaminos con mapas y anotaciones, que ambos se dispusieron a leer rápidamente.

- No es más que lo que me contaste anoche, Lukof - añadió, al ver la cara de perplejidad del marinero por no recibir él aquellos papeles.

El silencio se adueñó de la estancia mientras lo dos hombres, humano y enano, se enfrascaban en la interpretación de aquellas frases, de aquellos mapas, que les estaban diciendo algo que no podía ser, algo imposible, aunque la confianza en maese Joral y tener a un testigo ocular de aquellos sucesos les iban introduciendo en una nueva verdad que cambiaría sus vidas radicalmente.

- Esto no puede ser -exclamó, empero, Grost. - He viajado a menudo por esa región, por tierra, además, y nunca oí ningún rumor acerca de dragones ni ciudadelas flotantes.

- Me temo que lo vi con mis propios ojos, señor enano, y conmigo otras once personas - repuso calmadamente Lukof.

Grost no insistió, y fue ahora el fiel Frenziel, pragmático, quien preguntó:

- ¿Cómo nos afecta a nosotros, maese Joral? ¿Hemos de abandonar nuestra causa para investigar estos sucesos? ¿Son cosas relacionadas? ¿Hay que cambiar el ritmo de nuestros planes?

- Todo a su debido tiempo, amigo mío. Sólo cuatro personas conocemos esto, el resto de nuestros compañeros no tienen aún idea de estos sucesos, y mucho menos podemos juzgar su alcance. Entre ellos hay algunos a los que hemos de avisar, concretamente mi intención era celebrar una reunión al más alto nivel con ustedes, con Debaran el elfo y con el kender Travelloff. Por tanto se debería avisar primero a estos dos, antes de publicar estas malas nuevas entre nuestros compañeros y de hacer planes que se acaben revelando precipitados.

Poco agradaron estas palabras a Grost, mientras que al menos pusieron una tarea que cumplir en las mentes de los otros dos hombres.

- ¿Cuándo partiremos? -preguntó Lukof.

- Inmediatamente. Sería interesante que localizases también a Boasil, Lukof, por eso me gustaría que fueses a Palanthas tú solo, y que Grost y Freniel se dirigieran a Silvanost. ¿Están de acuerdo, señores?

El gesto adusto pero afirmativo de Grost y el rostro pétreo de Freniel contentaron a Joral, quien en su más íntimo rincón había visto crecer la duda sobre el camino a seguir. Ver a aquellos tres hombres tan decididos y fieles a la causa le llenó de satisfacción y bienestar interior.

Desde su escondrijo Lya no podía ver los rostros de los interlocutores, pero no se le escapaba detalle de la conversación. Así que iban a partir, Lukof iba a partir. Un plan se introdujo en su mente, pues ella no se creía capaz de urdirlo por sí sola. Escapar. Tampoco es que se sintiese atada, había visto mundo con sus padres, o eso creía ella que era “el mundo”, Goodlund, con sus padres había gozado siempre de bienestar y felicidad, pero algo muy íntimo la obligaba a imaginar ya su escapada. Lo primero, una nota para sus padres, que primero les despistase, para luego tranquilizarles, sería imprescindible la ayuda de su sirvienta... Después, montar en el carruaje que seguro llevaría a Lukof (¿o cabalgaría? Eso le supondría a ella un grave impedimento, pues perdería casi el factor sorpresa, y seguro que le daban a Lukof el mejor caballo...).

- Lukof, por favor, quédate. - La voz de su padre interrumpió sus pensamientos, para poner sin saberlo solución a los problemas de Lya:

- Decidme, Joral - la ausencia de tratamiento cortés asombró a Lya, y aún más que su padre no dijese nada, aunque seguro que era lo normal entre dos hombres que se tenían tanta confianza como Lukof y su padre...

- No digas nada, amigo mío, pero aquí tienes, si estás dispuesto a ello, la segunda parte de la misión que me gustaría que asumieses en Palanthas - le dijo mientras le tendía un cigarro en una mano, y un pergamino recién sacado de un cajón de su escritorio en la otra.

Lukof asió primero el cigarro, lo encendió y se lo llevó a la boca, y sólo después comenzó a leer, como concluyó Lya al detectar aquel olor a tabaco que tanto le disgustaba. Lo cierto era que casi se empezaba a sentir indignada, pues el comportamiento de aquellos dos hombres se revelaba de una confianza que jamás había imaginado ni sospechado que existiera, y Lukof prácticamente había vivido con aquella familia durante años... Aunque aún no lo supiera, su mente comenzaba a entrever que el mundo era más complejo y desconocido de lo que nunca imaginó. Un leve escalofrío recorrió su espina dorsal.

- De acuerdo, maese Joral.

- Estamos a solas, déjate de distintivos, nada me hace superior a ti, y lo sabes.

- Cualquiera que te oyese pensaría que asumes esos locos ideales de igualdad que se están imponiendo entre las clases altas de los elfos...

- Ja, ja, ja, ja... Bien sabes que ese invento gnomo no funcionará. “Democracia” lo llaman, sí, enfin, si Takhisis regresase se sonreiría y relamería de gusto, o lo que sea que hicieran los dioses cuando los humanos y similares nos poníamos tan gustosamente a disposición de sus infantiles caprichos. Sin embargo, el mero hecho de que lo cites nos da una idea de hasta dónde está llegando Ansalon sin la magia, y sin nuestra intervención.

- Sí.

- Es preciso que intervengamos, Lukof, es por su propio bien...

- Y por el nuestro, Joral, no lo olvideis, milord.

- No, no lo olvido.

Lya siguió sintiendo escalofríos, que se intensificaron cuando escuchó cómo las manos, supuso que de su padre, tocaban la tela del jubón de Lukof, y apretándolas contra éste en lo que parecía ¡un abrazo!, dijo:

- Lukof, si tenemos éxito... ¡si tenemos éxito sobrevivireis! Y Ansalon volverá a contemplar la felicidad...

Sólo Lukof pudo ver el fulgor que animó momentáneamente la mirada de Joral, y respondió al abrazo, con estas palabras:

- Sí, mi señor, así es, sobreviviremos, ¿pero y vos?

Casi se escapó un sollozo del pecho de Lya, su padre en peligro, aquello empezaba a dejar de tener cualquier sentido. No parecía estar enfermo, de hecho nunca en la vida de Lya lo había estado, y ahora, en cambio...

- Yo..., yo,... - Joral no acertaba a seguir, mientras paseaba por el despacho fumando casi compulsivamente. - Yo tomé una decisión, hace décadas, de las humanas, y ni un segundo me he arrepentido. Y te aseguro que he tenido más felicidad en estos años que vosotros en toda vuestra vida...

El anciano, pues lo era más incluso que al comenzar, se quedó parado frente a la ventana del despacho que daba hacia el bosque. Un carruaje comenzó allí su camino, con un gigante en el pescante y tres recuas de briosos caballos.

- Mañana por la mañana partireis en uno similar hacia Palanthas.

- Así se hará, mi señor.

El marinero se retiró con una reverencia salida del respeto y la admiración, en absoluto desde la servidumbre.

CAPÍTULO 6. Nuevasil

El carruaje guiado ahora por la mano firme pero hábil de Grost se paró frente a las puertas de Silvanost. Aunque tal vez la palabra muralla describiese mejor lo que Frendiel y el enano vieron al detenerse. Los caballos piafaban nerviosos olisqueando el bosque que los dos hombres sabían que se encontraba detrás de aquel muro más alto que los propios árboles. La piedra, lisa como si fuese mármol, no dejaba dudas sobre la identidad de los autores de aquella obra, los elfos, quienes por no se sabe qué técnica habían conseguido darle al granito de que estaba hecha la muralla una tonalidad casi azul. Nada interrumpía la lisura de aquellas piedras, ni runas, ni dibujos ni imperfecciones en su construcción ni en su encaje unas con otras. Zonas de encaje en las que Grost, maravillado, no alcanzaba a ver signo alguno de argamasa...

El camino se interrumpía abruptamente a los pies de la muralla, y sólo ese hecho les hacía ver a los dos viajeros que aquello efectivamente había de ser una puerta..., hasta que el ruido de una flecha al clavarse en el pescante del carruaje les hizo girarse de repente, ambos ya con armas en las manos al terminar el giro, momento en el cual vieron cómo del bosque que enmarcaba el camino por el que habían avanzado, un guarda elfo avanzaba hacia ellos, a la vez que en los árboles todo un escuadrón de arqueros elfos les apuntaba con sus arcos, a la fuerza letales.

- ¿Quiénes sois?

El Común de aquel elfo era perfecto, sólo lo manchaba el desprecio que le producía tener que rebajarse a pronunciar en aquel lenguaje de gentes inferiores, y el odio apenas contenido por la figura de Frendiel, en quien sus dos ojos se clavaban con más dureza aún que la flecha que acababa de disparar con el arco que ahora colgaba de su hombro.

- Soy Frendiel, y éste es Grost -contestó Frendiel, tanto a las palabras del guardia como a su desafío implícito.

- Nos envía Joral, de los Feetberg de Flotsam -añadió el enano.

El elfo les pidió la correspondiente recomendación, y pronto les indicó que le siguieran. Sus compañeros siguieron en los árboles mientras ellos se internaban en el bosque, la verdadera puerta de Silvanost.

Nunca supieron qué trampilla o camino del bosque atravesaron, pero en poco tiempo habían franqueado la entrada al más bello reino elfo de aquella era, como pudieron constatar al ver a unos pocos kilómetros la grandeza de Nueva Silvanost.

No había descripciones fiables de la ciudad, ni ésta estaba en los mapas kenders siquiera. Así podían sentirse seguros sus dueños y creadores, y resultar una experiencia original para cualquiera, casi como un descubrimiento, la entrada en aquella creación, porque los elfos habían recuperado sin la magia la habilidad que antaño les dio aquélla para construir, para moldear la imaginación y dar vida a la piedra e incluso al vacío.

A lo lejos Nueva Silvanost era una urbe elevada que rodeaba sin ahogarlo el montículo sobre el que se asentaba, a la vez que se fundía de cuando en cuando con el

bosque primigenio que antaño lo cubría, cuando después de eras de guerras los elfos supervivientes decidieron abandonar definitivamente su pasado y encarar el futuro. Nuevasil, como la llamaban los más jóvenes de aquel pueblo nuevo, era su futuro, constantemente construido, constantemente creciente en algunas partes, pero moribundo en otras donde la imaginación elfa había decidido crear otra cosa.

Cuando Frendiel y Grost avistaron la ciudad era media mañana aún, y los rayos aún perezosos del Sol lamían dulcemente las casas encaladas de los elfos trabajadores y manufactureros, mientras que en la zona opuesta de la ciudad las construcciones administrativas y de gobierno se alzaban en competición por ostentar el mayor poder entre ellas, en una competición de alturas y formas quizás rocambolescas para un humano como Frendiel, a buen seguro maravillosas por su construcción para un enano como Grost.

Pero ninguna construcción llegaba siquiera con su mayor altura a la base de la mayor y mejor de ellas, el Templo al Caos, que destacaba en lo más alto de aquel monte, una forma cilíndrica en la base, pero que en su parte más alta tomaba formas inverosímiles, construidas como filigranas, hilachos, formas rocambolescas, la viva encarnación del Caos en la piedra. También los colores de la construcción representaban fielmente al patrón de aquel templo, partiendo del blanco de la base, que en espiral se convertía en todos los colores del arco iris, que a su vez se dividían en mil tonalidades diferentes sobre las filigranas escultóricas de antes, gracias a los vidrios que cubrían y conformaban muchas de éstas. El desorden se hacía mayúsculo cuando la luz del Sol incidía sobre unos vidrios y otros, en un baile continuo de color...

Frendiel y Grost avanzaron todo el camino hacia el comienzo verdadero de Nuevasil con la cabeza alzada y moviéndola en todas direcciones. A cada lugar que mirasen un nuevo detalle llamaba su atención, incitaba sensaciones o provocaba asombro.

No se dieron, pues, cuenta casi cuando llegaron a una casa en concreto. Sólo el carraspeo del guardia, que los había guiado completamente mudo y taciturno todo el camino, les sacó de su ensimismamiento, y les hizo entrar.

- Hemos llegado, ésta es la casa del noble Debaran -y diciendo esto los dejó, perfectamente seguro de haber cumplido su misión, y deseoso de volverse al bosque, lejos de tanta muchedumbre y espacios cerrados y artificiales como tenía el mundo de la ciudad.

- Disculpad la rudeza de nuestros guardias, nobles viajeros, la mayoría son elegidos por su destreza y su fuerza, y se les valora más aún cuando demuestran su incapacidad o su dificultad para vivir en civilización, prefiriendo mucho más la belleza salvaje del bosque primigenio, que nos rodea y protege.

Grost y Frendiel se encontraban casi sin saber cómo delante del elfo al que habían venido a buscar. Debaran era un elfo... de edad indeterminada e indeterminable, gozaba de ese privilegio también presente entre muchos humanos de conservar las facciones y todas sus cualidades sin cambios durante décadas, quizás siglos en este caso... Los ojos marrones y oblicuos del elfo acompañaron a sus gestos mientras se daba la vuelta para entrar a su casa invitando a aquellos dos desconocidos. Aunque armados,

ninguno de ellos parecía suponer ninguna amenaza para aquellos elfos, que demostraban una seguridad rayana en la temeridad, en cualquier caso insultante para Grost, quien se tuvo que recordar varias veces que los elfos les habían ayudado, que habían sido tan víctimas de los humanos como sus hermanos enanos, y que estaban allí enviados por Joral.

Casi como si estuviese esperándoles, Debaran los condujo a la sala principal de su casa, una estancia amplia, con puertas en las cuatro paredes, de dinteles en forma de arco y jambas de madera decorada al viejo estilo elfo, como pudo comprobar Grost, quien se alegró de estar delante de un elfo que respetase en cierto modo las tradiciones, y no frente a uno de aquellos elfos nuevos responsables de tantas locuras en los últimos tiempos. En medio de la sala una amplia mesa de banquetes tenía preparados cuatro cuatro sitios, cada uno con una campana cubierta a buen seguro repleta de exquisiteces élficas, se dijeron para sí mismos Frendiel y Grost, quienes no se habían dado cuenta de que ya era mediodía.

- Siéntense, por favor, y acompáñenme en el almuerzo. Vos, maese Grost, no os preocupeis, la silla que veis adecuada a vos, posee un mecanismo elevador que os llevará a estar cómodamente a nuestra altura en el almuerzo.

Y así fue, aunque Grost se acercase receloso a aquel ingenio gnomo, bastó que se aposentase en la silla para que ésta en lugar de zarandearle o morderle lo elevase hasta una altura adecuada para disfrutar del almuerzo junto a sus dos compañeros.

Frendiel repuso entonces:

-Mi señor Debaran, ¿cómo es que no está con vos el kender Travelloff? Joral nos dijo que habríamos de hablar con ustedes dos...

- A él corresponde precisamente ese sitio, noble Frendiel. Se encuentra con los constructores de la cúpula de nuestro Templo, y me ha enviado aviso de que se retrasará un poco; ya conocéis a los kenders, son de lo más informal, y Travelloff lo es en grado extremo. Además, parece tener la curiosidad de sus antepasados de otras eras, le encanta estar en la cúpula. Me parece que sería buena idea que comenzásemos sin él -y dando ejemplo destapó la fuente, de donde poco a poco fueron desaparecieron las delicatessen de la última moda gastronómica élfica con las que toda Nuevasil satisfacía su hambre escasa pero exquisita.

Grost pensó que algunas cosas nunca cambiarían, como el gusto élfico por lo frugal, pero se sorprendió degustando el sabor de la mejor carne de jabalí exquisitamente aliñada, le encantó el sabor de algo que juzgó que sería alguna especie de pan, y más aún estupefacto se quedó al final del almuerzo, cuando se encontró lleno tras comer una cantidad bastante menor de comida que una pierna de oso con las que solía comenzar sus comidas en su aldea...

Frendiel también quedó satisfecho, aunque su ritmo le hizo acabar sólo un poco antes que Debaran, mientras Grost ya les escuchaba medio distraído:

- Decidme, Frendiel, ¿por qué os manda hasta aquí mi buen amigo Joral?

- Lamento decirlo, mi señor, que somos portadores de inquietantes noticias. El pliego con el mensaje de Joral se encuentra en nuestra carreta...

- No os preocupeis, la carreta y vuestras pertenencias se encuentran a buen recaudo junto a la casa en la que os hospedareis esta noche. ¿Podeis hacerme un avance al menos de la situación de nuestra misión en Goodlund?

- Sí, mi señor, de eso sí puedo hablaros. Las medidas de los más tranquilos de nuestros partidarios han calado en las poblaciones humanas de toda la región, cansadas de guerras y pobreza. La apertura de las rutas terrestres y marítimas han proporcionado ya más de una década de prosperidad a muchas poblaciones, y la animadversión hacia otras razas ha disminuido.

- ¿Nuestras maniobras siguen pareciendo inocuas?

- No, mi señor, no son siquiera percibidas -repuso Frendiel con una sonrisa de la que Grost no le hubiera creído capaz al enorme humano.

- ¿Joral está seguro de eso?

- Al 99 %, mi señor.

-Entiendo... Sin embargo no todo va bien, ¿verdad? La reunión que me vais a proponer por orden de Joral tendría que celebrarse dentro de dos años. ¿Tan graves son los nuevos acontecimientos de los que me vais a informar?

-Y tanto que lo son -interrumpió el enano, cejijunto.

- Mucho, mi señor Debaran.

- Bien, mandaré un mensajero al Templo, si tan grave es la situación no podemos retrasarnos por culpa de un kender -y acto seguido terminó el tiempo del almuerzo, la silla de Grost se bajó tan silenciosamente como había subido, desconcertando momentáneamente al enano, quien ya se había acostumbrado a unas vistas prohibidas a su naturaleza.

-Uno de mis guardias personales os acompañará hasta vuestros aposentos, esta tarde misma me contareis qué ocurre..

Debaran los dejó allí, mientras se acercaba su guía, y un mensajero recibía órdenes en élfico.

CAPÍTULO 7. Hacia Palanthis

Lukof y Lya no coincidieron en casa de Joral antes de que el misterioso marinero / instructor se marchase de allí. El mismo Lukof eligió los caballos que llevarían su carruaje. Él habría preferido cabalgar, le llevaría menos tiempo llegar a Palanthis, pero para cumplir su segunda misión, su promesa al fin y al cabo, debía llevar también aquel carruaje, bien provisto por cierto de viandas. No necesitaría nada en bastante tiempo, y nunca se sabe qué puede cruzársele a uno por el camino.

Había terminado los preparativos poco después de la salida del Sol, pero antes de partir debía estar con Joral.

- Pasad, mi joven amigo.

Joral ya estaba en su despacho, rodeado de papeles y tareas por terminar, como durante toda su vida.

- Milord, el carruaje ya está preparado.

- Muy bien, sois tan eficiente como siempre. ¿Seguís presto a cumplir la segunda misión que os encomendé anoche? Entendería que la rechazaseis, y creedme que nunca os lo tendría en cuenta...

- Maese Joral, por favor, no penseis siquiera eso que decís, por supuesto que cumpliré mis promesas, y más una tan delicada como ésta.

Los dos hombres siguieron debatiendo unos momentos, hasta que uno de los criados entró en el estudio y dijo:

- Milord, ya está.

Inmediatamente Lukof y Joral se levantaron, y después de que desapareciese de nuevo el mensajero se dieron un abrazo breve y fraternal.

- Espero traeros buenas nuevas en menos de un mes, de ambas encomendaciones.

- Eso espero, tened buen viaje y mucho cuidado.

- Así será, maestro.

Y Lukof salió a paso rápido de la casa de los Feetberg, montó en el pescante, y el carruaje salió veloz por el camino vecinal que había de sacarlo de la finca y finalmente de Flotsam.

Mientras tanto, en el despacho, Arehal se aproximó a su marido.

- Mi amor, he encontrado esta nota.

Joral se volvió, miró tiernamente a su esposa, y le dijo:

- Va en inmejorable compañía, Are, nada le pasará.

- ¿Hacemos lo correcto, mi vida?

- Sabes que sí. La magia se desvanece, tenga éxito o no todo cuanto he tramado desde hace décadas, mi muerte está cercana, y Lya no puede verme morir así -sendas lágrimas brotaron espontáneamente de los ojos almendrados de Arehal:

- No, mi amor, eso no, sabes que tendrás éxito, y que la magia logrará vencer de nuevo y mantener intacto nuestro amor.

- No llores, cariño, quizás tengas razón, pero las posibilidades son tan pequeñas...

El matrimonio se fundió en un abrazo, mientras Joral susurraba al oído de su esposa:

- Lya estará bien, confía en mí.

-¿Y si...?

-Si..., bueno, mi amor, ya es mayor, y es su vida...

- Sí

Joral siguió sosteniendo a su esposa, mientras ésta rompía en mil sollozos.

Ajena a la escena anterior, aunque presintiéndola de algún modo, Lya notó cómo un nudo se formaba en su estómago al notar cómo el carruaje que la llevaba hacia lo desconocido abandonaba la hollada senda de grava de su hogar, y empezaba a traquetear al ritmo de los baches del camino que salía de Flotsam hacia Palanthas.

Aun era muy temprano, y las telas que la cubrían a modo de un paquete más apenas conseguían frenar la fuga de calor de su cuerpo, un calor que escapaba tanto de su carne como de su alma.

Aunque había tenido la precaución de comer algo antes de salir, no esperó mucho a caer en la tentación de robar de la bolsa que su fiel criada le había preparado. Confiaba en la magnanimidad de sus padres, había estado con ella desde que nació, prácticamente, no le harían ningún mal, estaba segura.

No tenía modo de saber dónde se encontraba, ni siquiera podía adivinar cuánto tiempo había pasado. De repente le entró un temor en el que no había reparado: ¿y si Lukof no paraba hasta Palanthas? No, eso era imposible, incluso aunque él aguantase, los caballos no podrían, aunque, un momento, ¿acaso se estaba volviendo loca? ¿Cómo podía pensar siquiera en que Lukof fuese tan fuerte y resistente...? Decididamente debía de estar enajenada cuando decidió escaparse de casa. ¿Y todo por qué? ¿Acaso se lo había pedido aquel soberbio de Lukof? Ni un indicio tenía ella de que se hubiera fijado siquiera en su figura. No sabía su edad, ni un rasgo había cambiado en la cara de aquel

hombre desde que lo conocía... y sin embargo... él había sido su amigo, de aquello no había ninguna duda, sí, él le había enseñado todo lo que sabía del mundo, había sido un gran viajero, incluso estando al servicio de su padre... El padre de Lya... ¿A su servicio? ¿Estaba segura de aquello? Lo que había escuchado casi ponía a su padre bajo Lukof, y no al revés... ¿Era aquello lo que la impulsaba? ¿Averiguar la verdad? ¿Qué verdad? ¿Cómo se atrevía a dudar de su padre o a interesarse por sus asuntos, ella, casi una mocosa? Una, además... Pero no, nunca había habido secretos en su casa, o eso pensaba ella... Sus padres hablaban siempre delante de ella de todo, de las noticias locales, de los rumores, de los grandes inventos gnomos, de éste o aquél, de ésta o aquella... ¿Cómo habían podido ocultarle aquello? ¿Y qué era aquello? Porque su madre tenía que estar enterada, tampoco había duda de eso, su padre la amaba tanto...

El cansancio y la reciente satisfacción del hambre pronto hicieron mella en Lya, que se durmió en un sueño reparador, aunque al despertar le fueran a doler todos los huesos.

CAPÍTULO 8. Interludio en el Monte de Ciencia y Tecnología

Un viajero que llegase por azar de otro mundo a las cercanías de aquella montaña sin duda habría dicho que se trataba de un volcán. Aunque dicho viajero tendría que haberse aprovisionado fuertemente, ya que en más de cien kilómetros a la redonda el terreno era un páramo absoluto. Daba igual que el suelo se elevase o descendiese, o que fuera llano, donde otrora había habido bosques (si es que los había habido) ahora sólo estaba la tierra yerma, e improductiva. Sin embargo, aquella extensión no estaba en absoluto desierta. Como las varillas de un aguanomoja (reciente invento gnomo que hacía furor en las más diversas clases altas de Ansalon), salían desde, parecía, el volcán hacia el páramo que lo rodeaba caminos hechos de... ¡madera!, por los que no tan ocasionalmente se veía avanzar lo que sólo podía describirse al modo gnomo como máquinatransportadorasqueechanhumo, en las cuales viajaban en incesante e incomprensible vocerío (por mucho que estuviese expresado en Común) entre cuatro y seis ingenieros gnomos...

Si su origen parecía ser aquel volcán, su destino sólo podían ser las montañas y bosques que aún se resistían a desaparecer a unos cien o más kilómetros de aquella formación.

Ese hipotético viajero de otro mundo tendría dificultades en decidir qué investigar primero, si el volcán escupe-gnomos, o el destino de éstos. Pero asumamos que nuestro viajero ha visto alguna de las factorías a las que se dirigía cualquiera de aquellos transportes, y que prefiriese, no se sabe si por curiosidad o por locura, investigar el origen de todo aquello.

Tal vez una de aquellas máquinatransportadorasqueechanhumo de vuelta al volcán accediese a llevarle hasta él. Y si nuestro viajero sobreviviese a la cháchara gnomas sin caer en el autismo, llegaría después de unas cuantas horas a la formación, construcción o como pudiera llamársele, más estrambótica del continente.

La montaña, aislada, conocida en otras eras como Monte Noimporta, estaba ahora literalmente enterrada en tuberías, cables, rampas y ocasionales edificios en los que toda aquella madeja entraba y salía, no se podía saber por qué motivo ni con qué fin. De hecho, la montaña en sí era prácticamente invisible, tan explotado estaba todo el espacio a su alrededor. Tampoco su cima era divisable, pues aunque no era una gran montaña, una negra bruma se alzaba desde su interior y desde algunos edificios instalados en sus laderas, proporcionando aquel humo que de lejos la identificaba con un volcán, aunque como tal estuviese más que dormido desde hacía milenios.

Cada camino que salía del Monte lo hacía por una apertura echa en el mismo, por, era de suponer, aquella incansable raza que eran los gnomos. Éstos se veían pulular constantemente entre las construcciones que se habían encaramado a la montaña, y había veces en que su vocerío superaba el ruido constante e inmisericorde de tanto invento gnomo funcionando a la vez,... ¡y sin fallar! No se podía decir que allí hubiese la menor lógica, y si la había, mejor era no encontrar al gnomo que la comprendiese..., pero al menos no había explosiones imprevistas ni alborotos que indicasen el más mínimo error.

Asumamos que nuestro viajero haya sobrevivido al estupor producido por el exterior del Monte... Está ya preparado para hacer frente al interior. Allí el ruido es el de miles de gnomos discutiendo en no se sabe cuántas plantas construidas o excavadas en el propio volcán, cuya caldera es apenas divisable por los kilómetros y kilómetros de cables y tuberías que, es de suponer, la conectan con el exterior para mantener comunicados a los gnomos de fuera y de dentro.

Si nuestro viajero está provisto de cierto pase especial, será llevado a la última planta del Monte, justo por debajo de la bruma, que no entra en la estancia a donde le permite acceder aquel pase por culpa de unos cuantos espantahumos, otro invento gnomo de utilidad más que manifiesta.

La estancia podría haberse llamado despacho si nos encontrásemos en una ciudad humana, de modo que nuestro viajero averiguaría que se trataba del despacho de trabajo del InsigneIngenieroGnomoQueTodoLoConoceYSoluciono, a quien nuestro viajero, humano él, podrá resumirle el nombre en Todoloco. No se sabe desde cuándo los gnomos tienen un rey, o como ellos lo llamarían, un Ingeniero Jefe. Tampoco se conoce entre la población gnoma la edad del que recibiría a nuestro viajero ocasional en los tiempos de nuestra historia, sólo que ha llegado a esa posición después de media vida de estudios, que su familia no ostenta más cargos, y que son todos tremendamente eficientes, pero sin esperanza ninguna de optar a su sucesión, pues tal cosa no existe. Todoloco lleva más de cien años en su cargo, y si tuviese tiempo para pensar en ello, tal vez le extrañaría que los gnomos de esa era viviesen tanto tiempo... Pero bueno, desearía tales pensamientos como el comportamiento transitorio de un sistema de muelles recién puestos en contacto con una fuerza exterior...

Nuestro viajero, al verse introducido en conversación de semejante pelo, tendría por fuerza que ser descortés, y empezar a hablar de otra cosa...

Tal vez, guiado por el azar, dirigiría sus ojos a alguno de los muchos documentos que invadirían de buen seguro aquel despacho, durante alguna ausencia obligada de su ocupado anfitrión. Y si tuviese ese invento gnomo ultrasecreto que

podríamos llamar decodificador de lenguaje gnomopar todas las razas, o más simplemente, un “deco”, leería cosas como las siguientes:

“Gracias a nuestro elevador hacia el cielo más alto lograremos por fin conseguir nuestro sueño, y dominar a todas las razas que desde siempre nos han oprimido...”

“Construido ya el quinto almacén de ballestas incendiarias, listo para su llenado antes del ataque contra Palanthas...”

“Han concluido con éxito las pruebas del aceite negro que quema. El ingeniero ... (aquí un nombre gnomo de tamaño tendiendo a infinito) propone su utilización como arma incendiaria...”

“Plan de esclavización de enanos, fase de estudio..., serían muy útiles en la excavación de túneles de intrusión bajo las ciudades humanas...”

“Plan nº 342794567AHJLDR de reducción de humanos del Norte: precisos, fuertes y ligeros, servirían muy bien en el calibrado de las primeras etapas impulsoras del elevador hacia el cielo más alto...”

Nuestro pobre viajero humano se vería atacado por mil sensaciones, quizás primero la hilaridad, después se repondría, y le invadiría el estupor, y sólo un poco después recapacitaría, y le invadiese el miedo, porque aquello tenía pintas de estar sucediendo de veras, y porque hacía siglos que no fallaba ningún invento gnomo, más o menos el tiempo que la magia había decidido esconderse de las razas inteligentes y mágicas del continente.

Pero en cuanto se diese cuenta, nuestro amigo viajero tendría que dejar nuestra historia.

CAPÍTULO 9. Travelloff y Debaran

La figura escueta del kender destacaba profundamente entre los espigados elfos con los que trabajaba. Porque aunque pareciera lo contrario a algún observador despistado, eso es justo lo que hacían las manos hábiles y rápidas como las de nadie en las Cúpula; armadas con martillo y cincel seguían al pie de la letra (así lo pensaba él) las instrucciones del manuscrito que tenía desplegado cerca, y al cual miraba constantemente entre golpe y golpe. A los elfos que lo rodeaban no parecía molestarles en absoluto la presencia de su compañero, pues en eso se había convertido ya, aunque quizás habría que hacer una distinción entre los elfos guardias del bosque que habían recibido a Grost y Frenziel, y los elfos que pasaban casi toda su vida en aquella cúpula constantemente construida e incesantemente cambiante. Arquitectos-artistas-sacerdotes, su trabajo era su oración y las formas que conseguían, su sacramento y altar a la vez. Nadie como ellos entendía la encarnación del caos en la piedra y en el vacío, a través de formas inverosímiles animadas de colores increíbles que sólo la imaginación de aquel kender que les acompañaba lograba crear. Sus almas eran tal vez más libres y liberales que las de sus congéneres del bosque, pero, sobre todo, sabían admirar a las criaturas que eran tan del caos como ellos, fuera por propia elección vital o por naturaleza.

El kender se encontraba agarrado por arneses de cuero a una especie de varilla que se inclinaba unos treinta grados hacia arriba y hacia fuera de la cúpula, y esculpía en su superficie formas rocambolescas, palabras de ningún lenguaje y menos sentido cuando llegó el mensajero de Debaran. El tirón del arnés que le sujetaba la pierna izquierda fue primero una molestia inadvertida, y sólo se convirtió en mensaje cuando se repitió varias veces. Agitado más por la curiosidad por conocer el motivo de aquella distracción que porque pensase que aquello había de ser algo urgente, el hombrecillo, que apenas les llegaba a las cinturas a los sonrientes elfos que trabajaban con él, agitó hacia atrás la cabeza para recolocarse una de las tupidas trenzas del copete, largo hasta su propia cintura, teñido aquí y allá de mil colores, y se deslizó hasta el suelo con habilidad propia de los de su raza.

Ya en el suelo se deshizo de sus protecciones, y las ropas de vivos colores, de seda y pana e infinitos bolsillos, casi hirieron los ojos del circunspecto mensajero, quien le dijo:

- Maese Travelloff, mi señor Debaran os espera con urgencia para reuniros con dos visitantes.

- De acuerdo, muchas gracias... eh, como te llames. Puedes irte, en seguida seguiré tus pasos.

El tono agudo y despreocupado del kender no desanimó al sirviente:

- Mi señor me advirtió de su reacción, y me pidió que le transmitiera su encarecida petición de que me acompañaseis...

Tras unos segundos en los que el kender parecía no haber comprendido, aceptó con un gesto de desilusión dejar inmediatamente la Cúpula del Caos y seguir al mensajero de su amigo Debaran.

Lo cierto era que en pocos lugares de Krynn le habían tratado tan bien como en Nuevasil, y Debaran había sido desde el principio un anfitrión inmejorable. Además, se había sentido elevado al séptimo cielo de la satisfacción personal cuando tan insigne elfo se dignó relatarle sus planes e incluirle en ellos. Lo cierto es que su familia contaba con un cierto prestigio en Kendermore, de donde había decidido marcharse porque con los nuevos tiempos los kenders habían ido perdiendo el ansia viajera y la ciudad había crecido más allá de lo soportable para un kender chapado a la antigua como él, amante del aire libre, curioso, indagador y viajero como un ave migratoria.

Por eso la desilusión por dejar aquel trabajo (que tanto le había gustado desde el principio), dio pronto lugar a la curiosidad y la intriga. ¿Quiénes serían aquellos visitantes? ¿Tendrían algo que ver con los planes que le había relatado Debaran? No era probable, estaba seguro de que hasta dos años más tarde no tenían que reunirse...

En estos pensamientos se encontró el kender frente a la misma puerta de la casa de Debaran, quien casi inmediatamente apareció por ella, con su eterna sonrisa amable en la boca:

- Hola, Travelloff, espero no haberos interrumpido en ninguna de esas maravillas que nos deleitan cada poco gracias a vuestra habilidad con el pincel y el cincel...

- No os preocupeis, Debaran -desechó henchido de orgullo el hombrecillo-. Sin duda hay importantes novedades, ¿sí?

La cara ansiosa del kender divirtió a Debaran, quien amistosamente le empujó por el hombro casi agachándose para que le acompañase hasta una estancia contigua.

Allí se encontraban Grost y Frenziel, sentados de nuevo a una mesa, aunque como era una mesa del té, muy baja, era Frenziel el que más dificultades tenía en esta ocasión. Un samovar humeaba en mitad de la pequeña mesa, empujada por el gigantón, que acababa de descubrir que le encantaba aquella infusión y el modo elfo de prepararla y servirla. Grost en cambio ya conocía el té, y sus efectos sobre su organismo, por lo que había preferido una jarra de vino élfico, de una tonalidad casi purpúrea, aunque poco de aquel líquido quedaba ya cuando Debaran les presentó a Travelloff:

- Señores, me complace presentarles: Travelloff, éstos son Frenziel y Grost. Vienen desde Flotsam para hablar con nosotros en nombre de nuestro amigo maese Joral.

La carita del pequeño ser se iluminó aún más si era posible al escuchar aquel nombre:

- ¡Perfecto, perfecto! ¿Cómo le va a mi grandísimo amigo Joral? Porque habeis de saber que somos íntimos -dijo juntando índice y pulgar -, sí como uña y carne, bueno, no tanto quizás ahora que estamos tan separados, pero, bueno, si yo os contara, ¿quereis que os cuente? Vereis, hace ya muchos años que conozco a tan gran prohombre de Flotsam, que, claro, es lo que primero atrae a un kender viajero como yo...

Y el kender habría seguido si Debaran no le hubiese puesto una mano sobre el hombro, al ver cómo la cara de Grost, o lo poco que dejaba ver su poblada barba, se inflaba y adquiría un tono muy parecido al del vino que se acababa de beber.

- Estamos completamente seguros de que tus aventuras, amigo mío, han sido trepidantes y fabulosas, y yo mismo puedo dar fe de la especial relación que teneis Joral y tú, pero me temo que nuestros invitados tienen prisa, y que sus noticias no sean tan luminosas como tus relatos...

“Fantástico, un kender a la vieja usanza, lo único que podría odiar de aquellos tiempos, ¿por qué a mí, Gran Sol? ¿Qué he hecho yo para que me unas aunque sea brevemente (por favor, por favor) a un ser así?”. Los pensamientos de Grost casi le salían por los ojos, brevemente alzados hacia una ventana cercana, por donde el astro rey se esforzaba en alegrar tan sombríos presentimientos. Frenziel por su parte sabía ya (Grost también, pero...) que se habían de encontrar con un kender, y fuese porque las voces de seres tan diminutos a su lado le llegasen con cierto retardo, fuese porque era estoico a más no poder, la presencia del kender no le incomodaba, es más, lo veía en cierto modo capaz y útil, por ejemplo, para infiltrarse en cualquier lado y averiguar todo lo que un regimiento de espías humanos no verían ni aunque les mordiese. Porque el

alma guerrera de Frendiel había empezado a desperezarse del viejo sueño en que se había sumido al comenzar a servir a Joral.

Exquisito como sólo un elfo puede ser, Debaran condujo a sus tres compañeros hasta su despacho, en la planta superior de su casa.

Al contrario que el de Joral, era un despacho pequeño y casi desnudo, en el que Frendiel encontró sitio y asiento casi de milagro, y que presidía un escritorio de blanca madera y pocos adornos salvo en los bordes y esquinas, como era costumbre entre los elfos de hacía siglos.

Una vez acomodados sus invitados, Debaran tomó también asiento.

- Mi señor, aquí teneis el mensaje que Joral nos ha encargado transmitirte.

Grost tendió el pliego de pergamino al noble elfo, quien inmediatamente lo desenrolló y se puso a leer.

Debió de hacerlo varias veces, pues el documento parecía corto, y el silencio se impuso durante varios minutos. Fue lo único mínimamente anormal, pues la faz de Debaran no se alteró en ningún momento.

-Tened, amigo Travelloff, será mejor que leais por vos mismo...

El tono del elfo no dejaba lugar a dudas de la conmoción interior que le sobrevinía por instantes.

El kender, al contrario que su anfitrión, leyó rápidamente y su cara cambió casi a la misma velocidad de la curiosidad a la perplejidad, de ahí a la consternación y rápidamente de nuevo a la curiosidad:

-¡¡Dragones en Krynn!! Tiene que ser fantástico ver uno de esos animales casi mitológicos, ¿cuántos siglos hace que desaparecieron? Seré el primer kender en verlos en cientos de años, porque los veremos, ¿verdad?

La mirada ansiosa del hombrecillo no podría contrastar más con las de sus compañeros. La de Grost, por ejemplo, era un auténtico poema fúnebre, la de Frendiel en cambio, casi era alegre, aunque circunspecta. Sólo la de Debaran seguía siendo una máscara inexpresiva, y al ver que el discurso acalorado del kender llegaba a su fin porque éste alzaba la mirada hacia su idolatrado Debaran, lo mismo hicieron los dos mensajeros:

- Mi señor, Joral nos pidió que adelantásemos la reunión prevista para dentro de dos años -se atrevió a decir Grost, para el que la actitud del noble elfo significaba una concentración descomunal.

- Sí, milord Debaran, tan es así que nos recomendó pedirnos a ambos que nos acompañásemos de vuelta a Flotsam... -añadió Frendiel.

Debaran, sacado de esa forma de sus pensamientos les miró:

- Lo siento, señores míos, pero me resulta imposible satisfacer vuestra petición y la de Joral; la reunión se ha de adelantar, es lógico, puesto que esto trastoca o por lo menos golpea fuertemente nuestra misión y su desempeño..., pero en esta época mi pueblo tiene una serie de citas políticas y religiosas que me obligan a quedarme una breve temporada.

Los otros bajaron su mirada, desconcertados, ante lo cual el elfo se vio obligado a añadir:

- No os preocupeis; recordad que no somos sólo nosotros, la reunión no se puede organizar de un día para otro, y estoy convencido de que Joral así lo cree también.

- ¿Cuál es entonces nuestra misión ahora, mi señor? -aventuró a decir el enano.

- Comprended que esto me ha sorprendido sobremanera. Os ruego me permitais pensarlo; mañana por la mañana os daré una respuesta.

La reunión acabó de esa manera, con el kender, contrariado por la falta de iniciativas que llevar a cabo y algo desencantado de la Cúpula del Caos, ahora que tenía la perspectiva de conocer dragones, y de verdad; con el enano, callado pero asaltado por la duda, pues había confiado en que Debaran les acompañase y aquella situación arrancase de una vez, y con Frendiel, quien, pensativo, se atrevía a pensar en las posibles alternativas y en cómo todas ellas le afectarían profesionalmente. La sangre le empezaba a bullir, como hacía tiempo que no lo hacía, venteaba una batalla...

CAPÍTULO 10. Kaleydhá

El aire golpeaba furioso su rostro, frío. Implacable, pero derrotado, porque su cuerpo lo atravesaba sin dificultad, a una velocidad de vértigo, y encontrando a cada instante el placer de la libertad absoluta en su vuelo.

Las alas coriáceas plegadas dinamizaban hasta el extremo su cuerpo ahusado, fibroso y enorme, protegido y decorado por miles de escamas de colores diversos que daban a Kaleydhá un aspecto de inapelable poderío y belleza, inalcanzable para cualquier dragón de la antigüedad, limitados a tener el color que su nacimiento les imponía.

El nacimiento de Kaleydhá, así como casi cualquier otra cuestión, era absolutamente irrelevante. No se preguntaba el por qué de casi nada, su nombre se lo había otorgado ella misma, y ella era el único ser digno de que ella le otorgase algo...

Si la madre tierra le quería regalar una corriente de aire ascendente, Kaleydhá desplegabá sus alas, llegando a oscurecer el Sol allá abajo, lejos, aunque aún hacía tan poco tiempo de su llegada a aquellas latitudes que no había tenido tiempo de asustar a ningún campesino, ni a nadie en realidad. La corriente de aire no solía aguantarla demasiado tiempo si se dedicaba a planear perezosa, ni solía elevarla mucho más alto, como a veces soñaba.

Aunque libre, insultantemente libre, Kaleytha se había sentido... sola. Sin saber ni preguntarse cómo, sabía que era el único dragón en el continente, quién sabía si en todo el mundo... Y también infusamente sabía que era “ella”, y no “él”, pero eso era otro tema que ni siquiera se atrevía a tocar las puertas de su consciencia.

Un buen día, descubrió algo sobre sí misma: tenía magia, sabía magia, ella era magia. Fue realmente de forma accidental, ni siquiera se lo había propuesto, pero durante una de sus incursiones por los bosques altos de montaña del Sur de Krynn había divisado un rebaño de cabras monteses, apenas un aperitivo para ella, pero algo que echarse al estómago, últimamente muy quejoso. Le surgió al verlas un pensamiento divertido: sería mucho más fácil comérselas si permanecían en el aire, a su altura, a medida que las iba calcinando con su poderoso fuego. Y de repente ante ella se fueron elevando los cápridos, aún más desconcertados que asustados, aunque esto segundo llegó pronto...

Y así empezó su carrera como “maga”.

Otro buen día llegó hasta la costa Sudeste del continente, y en un bello valle cercano a la costa divisó un pueblo marinero, que en esta historia conocemos como Fishgaard.

Kaleytha no se atrevió a sobrevolar aquel pueblecito. Bueno, no es que no se atreviese, realmente nada le podían hacer aquellos humanos. Era sólo que... que nunca se había relacionado de ninguna manera con ningún otro ser mínimamente inteligente, y aunque conocía de sobra su posición en la cumbre de la cadena de seres del planeta, prefirió desviarse y esperar. Esa noche durmió cuanto quiso, y soñó, pergeñando ya su plan. Puesto que ella era el ser más poderoso al menos de la región, lo lógico y natural era que el resto de seres le sirviesen de forma absoluta. Ahora bien, ¿cómo le podrían servir aquellos humanos de Fishgaard permaneciendo anclados allí en su aldehuela? Aquello tenía que cambiar. Y rebuscando en sus conocimientos de historia y de magia, heredados de no sabía quién, “recordó”, si puede usarse esa palabra, las ciudadelas flotantes, aunque en vez de verlas como armas de ataque inapelable ella pensó en ellas como las “aldeas” en que deberían vivir sus súbditos más directos, para acompañarla en su devenir por todo Krynn mientras afianzaba su poder.

Despertó. Sí, definitivamente era una gran idea, como era lógico si había salido de ella... Sabía que en aquel tiempo y lugar debería hacer un gran esfuerzo: había que crear literalmente la ciudadela y después ponerla a volar (la captación de los súbditos era trivial: haría con ellos como con las cabras).

Se puede decir que le ocurrió como con su alimento: fue pensar en ella, y la ciudadela se materializó frente a ella, ocupando el lugar en el que hasta entonces se había asentado un bosque inhóspito e inexplorado, y absolutamente deshabitado, que pocos echarían en falta. Lo que Kaleytha no podía saber era que el tiempo había transcurrido a su alrededor a su propio ritmo mientras estaba en el trance mágico que dio origen a la ciudadela, y que los súbditos que atraparía en Fishgaard serían los nietos de aquellos que la habitaban cuando ella la avistó por primera vez. Un esfuerzo titánico tan dilatado en el tiempo la había cambiado profundamente, agotándola hasta la extenuación.

Aunque no sabía si era la el agotamiento físico y de su magia lo que la hacía sentirse... pequeña. Alzó la mirada, y en lugar de ver una ciudadela pequeña a sus pies, vio una ciudad cuanto menos gigantesca, puesto que muchos de sus edificios superaban la altura de su mirada, y que se cernía junto a ella no amenazadora, sino más bien interrogante, como si la soledad que exudaba fuese una reclamación a su dueña y creadora. Intenta avanzar, pero le resulta imposible, de modo que decide esperar, ni siquiera intenta volar, sabe a un cierto nivel que sería aún mucho más difícil que desplazarse por el suelo.

Kaleydhya no sabe cuánto duerme esta vez, sólo que su despertar no ha sido natural. Algo o alguien la ha despertado.

Es alguien, pero ella era tan grande que quien fuese el atrevido realmente sería lo último que hiciese en su vida... ¿O quizás no...?

- Eh, Perthiex, mira qué pedazo bombón...
- ¡Sí! ¿De dónde habrá salido?

CAPÍTULO 11. Es duro viajar en una carreta

-¡¿Pero es que no piensas parar nunca?!

Lukof no pudo menos que pegar un respingo y dejar laxas las riendas, casi sorprendido por aquella explosión salida de detrás del pescante, acompañada de los ruidos propios de una damisela debatiéndose entre los tejidos y mercancías que hasta entonces la habían ocultado en la carreta. Y es que ese “hasta entonces” se podía traducir en dos días y tres noches de rumbo ininterrumpido, en las correspondientes horas de indecisión (¿salgo, no salgo?¿Se lo digo? No, mejor esperar...), y en los innumerables baches que las ruedas recias, los ejes y la propia carreta habían transmitido al joven y delicado cuerpo de la pasajera clandestina.

Y finalmente, a las penalidades de un viaje no precisamente de placer se había unido la falta de viandas. Y Lya no podía soportarlo más:

Lukof se volvió con su habitual cara de hábil jugador de cartas:

- Buenos días, milady. ¿Qué haceis aquí?

La ingenuidad de la pregunta sorprendió a la joven, que respondió:

- ¿Y a ti qué te parece?

La carreta se acabó deteniendo a un lado del camino donde un claro se abría entre los árboles del bosque que estaban atravesando en aquellos momentos.

- No os bajéis, Lya, por favor...

Pero el aviso llegó tarde, pues la joven estaba ansiosa por tocar suelo firme, y había saltado del vehículo casi antes de que se detuviera. Fue una suerte que bajase hacia el mismo lado por el que bajó Lukof, pues de ese modo éste pudo, con un

movimiento invisible para Lya por lo rápido como lo describió, y por la confusión que pronto se adueñó del lugar, atravesar de un tajo mortal y certero la garganta de un enorme perro de caza que se abalanzaba ya sobre la dama; tan rápidamente como se la había clavado, Lukof sacó la daga del animal moribundo, que terminó su salto en el suelo, con la saliva y la sangre mezclándose en la hierba que lo tamizaba; Lya entendió rápidamente el porqué del aviso de Lukof. Pero poco más pudo entender. Empezaron a escucharse, cada vez más cerca, ladridos y gruñidos amenazadores, y también algún grito claramente humano; Lukof la asió del brazo y con una fuerza insospechada por la joven, la elevó hasta la carreta, bajando inmediatamente su toldo. Subió con ella y desde el habitáculo pasó directamente al pescante, desde donde las riendas empezaron a restallar cerca de los cuerpos de los caballos, aunque sin herirlos, y sin que realmente hicieran falta, pues también ellos percibían el peligro y piafaban y golpeaban el suelo con sus cascos, prestos a galopar y a alejarse de la confrontación que se avecinaba.

Fue tal el impulso que tomó la carreta que Lya casi salió despedida de la misma, prácticamente fue el toldo lo que impidió tal hecho. Lya recuperó el equilibrio en cuanto los caballos tomaron un ritmo continuado de galope frenético; aprovechó para retirar levemente el toldo, aunque mejor si no lo hubiera hecho, pues no se habría asustado al ver cómo seguían su misma ruta, persiguiéndolos, tres jinetes humanos que azuzaban a una auténtica jauría de perros de caza. Sin embargo, los tres tiros de caballos que tiraban de la carreta les fueron alejando progresiva aunque lentamente de los atacantes.

Éstos, al ver tal vez que el carruaje se alejaba sin remisión, aminoraron el paso, o tal vez, pensó preocupada Lya, habían tomado un atajo, pues llegó un momento en que dejó de verlos. Entonces, maniobrando como podía, decidió ir a la parte delantera del vehículo, para decirle a Lukof que ya no les perseguían aquellos salteadores, pero un frenazo seco de la carreta la propulsó literalmente hacia delante, llegando a asomar medio cuerpo al pescante, con tan mala o buena fortuna que chocó contra el torso de Lukof en el momento en que una flecha se dirigía certera hacia el corazón de éste. El choque de la muchacha bastó para desviar lo suficiente el cuerpo del conductor de modo que la flecha le pasase rozando el brazo izquierdo.

- ¡¡Vuelve dentro, Lya!!

El tono no era el de un hombre en tensión, sino el de un hombre muy enfadado, algo que sorprendió a Lya, que había visto casi de refilón que de algún modo le había salvado la vida. Sin embargo, le hizo caso con tanta rapidez como pudo. Inmediatamente escuchó cómo Lukof bajaba apresuradamente del pescante, y pronto el entrechocar de dos metales sustituyó al traquetear furioso de la carreta. Por los ruidos que atravesaban la capa de terror que poco a poco se hacía con su consciencia, Lya adivinó que Lukof se estaba enfrentando al menos a tres hombres, incluso más, pues cuando tres flechas atravesaron simultáneamente distintas partes del toldo de la carreta dedujo sin dificultad que estaban ante un ataque muy serio y bien organizado... y que lo mejor era permanecer tumbada sobre el fondo del vehículo, como había estado todo el viaje hasta quince minutos antes.

Afuera había demasiados ruidos superpuestos como para adivinar entre ellos los que podían pertenecer al bravo Lukof, pero poco a poco fueron mitigándose, disminuyendo en variedad y en intensidad, hasta que sólo se escucharon los choques violentos de dos metales y los jadeos tensos y nerviosos de un hombre, que no era

precisamente Lukof, pues desde la posición de Lya le llegaban desde lo alto. Esto la asustó aún más, Lukof se tenía que estar enfrentando a un auténtico gigante, aunque ningún sonido pareciese denotar dificultades por su parte.

El combate se le hizo eterno a la muchacha, que temblaba cada vez que creía escuchar nuevos ruidos. Sin embargo, nada más ocurría, sólo las evoluciones de los dos contendientes allá fuera. No podía adivinar quién llevaba la iniciativa, o quién se defendía, más bien parecía que ambos tuviesen parecidas facultades. Sin embargo, había algo que los diferenciaba profundamente: mientras que escuchaba sin dificultades la respiración cada vez más trabajada, a cada golpe más necesaria, del gigantón, ningún sonido aparte del de las armas encontrándose violentamente anunciaba que allí estuviera también Lukof.

Si Lya hubiese poseído uno de aquellos midehoras gnomos de última generación, tal vez se le hubiese ocurrido medir cuánto duraba el combate, y se habría encontrado que cuando iban transcurridos veinte minutos de combate incesante la respiración del gigantón se entrecortó bruscamente, y si hubiese mirado habría visto cómo por su boca el aire ya no tenía sitio para salir, pues borbotones de sangre se le llevaban la poca vida que el combate con Lukof le había dejado para entonces.

Lya se mantuvo unos instantes en silencio, hasta que no pudo más:

- ¿Lukof?

- Aquí estoy, milady, podeis bajar.

Y la joven lo hizo prestamente. No se paró a ver el panorama que los rodeaba y se lanzó a abrazar a su héroe, mientras prorrumpía en violentos sollozos de liberación y de agonía, pero también de alegría por verse vivos.

Permanecieron así unos instantes que para el misterioso amigo-criado-guarda-protector de la familia Feetberg se hicieron deliciosa eternidad. Pero el deber obliga, y tuvo que carraspear y deshacerse del tierno abrazo de la muchacha. Ésta observó entonces, horrorizada, cómo todos menos dos de los nueve caballos que llevaban en el viaje estaban muertos o malheridos, cómo a unos cincuenta pasos por detrás de la carreta, los cuerpos de seis perros de caza apenas se debatían ya al borde de la muerte, asaetados por flechas como las que habían atravesado la carreta, igual que los tres jinetes que les habían perseguido, y cómo la sangre seguía brotando de los mil agujeros que la espada de Lukof había perforado en la piel de un humano de más de dos metros de altura, cuyos vidriosos ojos ya no veían el cielo al que se dirigía su mirada inexistente, o cómo seis asaltantes más estaban en el suelo, tan muertos como todos los demás.

Docenas de flechas tapizaban el suelo en su derredor, pero ninguna parecía haber impactado en Lukof. Su misterio aumentó hasta cotas insospechables en la confusa mente de Lya.

- ¿Estais bien, Lukof?

- Sí,..., bueno, dentro de lo que cabe, no me han herido de gravedad, pero...

Se echó una mano al hombro derecho, donde una mancha de sangre se esforzaba por propagarse por las telas que cubrían el enteco cuerpo del luchador.

- ¡¡Madre tierra!! Estais malherido, dejad que os quite el jubón y la camisa, hay que curar esa herida antes de que os desangreis...

Dicho y hecho, la voluntariosa joven ya casi venía de la carreta, donde, en la bolsa que le había preparado su sirvienta, contaba con hierbas, gasas, y, en fin, todo lo que una joven enfermera podía necesitar.

Con dulzura pero firmeza, con la mente turbada y el corazón a mil por hora, Lya se aplicó a la cura de su salvador, quien en ningún momento emitió ningún sonido que denotase dolor, hechizado quizás por los ojos de la muchacha, que a intervalos se dirigían a los suyos, a la herida y al torso desnudo del hombre.

CAPÍTULO 12. Segundo interludio: el Paraíso en Ergoth

Beroulf se estiró todo cuanto pudo, y no era poco, ciertamente. Los rayos del Sol habían empezado hacía poco a picar su piel caoba, mientras que la arena alrededor seguía empeñada en recordar la noche pasada, por su temperatura deliciosamente fría, y por el cuerpo que tan cercanamente seguía tumbado sobre ella, a un palmo escaso del propio cuerpo del semielfo.

Éste se deleitó en la observación de aquellas curvas sin mácula, de piel más oscura incluso que la suya; durante largos segundos sus ojos se detuvieron en cada poro de la semielfa que aquella noche le había hecho recordar lo que era amar durante..., bueno, durante mucho tiempo, pensó, asomándose una sonrisa a su cara de perfil casi cuadrado.

Eydell se volvió, aún en sueños, y su mano se extendió inconscientemente en busca de la piel de su amado. Éste no tardó en extender también la suya y volver a recostarse, a dejar que el Sol, los recuerdos de la noche anterior y un futuro con aspecto de nube de algodón mecieran su corazón.

Beroulf se volvió a dormir pronto, y podemos meternos en sus sueños de semielfo para comprender cómo era Ergoth en la época en que se desarrolla nuestra historia.

Elevándose más alto de lo que sabía que hacían las águilas pescadoras que de vez en cuando llegaban desde el continente cercano, arrastradas por las peores tempestades, el alma de Beroulf consiguió avistar de una sola mirada el perfil de la costa de la isla en que vivía, junto a su familia, junto al resto de familias semielfas que ahora poblaban la isla.

Sin saber cómo, su alma consultó los anales del tiempo, y recordó la historia aprendida de niño, mientras algo rebullía en su interior. Era su parte de alma elfa, que se resistía y revolvía al recordar el comportamiento de los primeros elfos en llegar a aquel paraíso. Pero la parte humana de aquella persona, como las de todos los de la isla, pronto apaciguaba a su hermana inseparable, y la confortaba; siglos y generaciones

habían transcurrido, y humanos y elfos habían acabado por fundirse en una nueva raza de indescriptible belleza física, dos buenos ejemplos de los cuales eran Beroulf y Eydell. El casi sempiterno Sol y las mezclas caprichosas de diversas sangres habían dado todo un mundo de colores oscuros a las pieles de los habitantes de aquella isla, donde cuanto más clara fuese una piel, más fuerte era la componente elfa del individuo, mayor su sensibilidad y agilidad, pero más fuerte también su reacción al dolor, real o imaginado.

Una vez confortada la parte del sueño perteneciente a la demasiado exigente parte elfa, los ojos anímicos del durmiente repasaron la isla, con sus montañas de lujuriosa vegetación, sus mil especies de aves tropicales y su millón de sonidos aún no identificados. Sus ojos se detuvieron especialmente en las playas que como un collar rodeaban toda la isla, y su corazón se agitó de gozo al imaginar olas enormes rompiendo contra la fina arena en olitas más pequeñas, tras ser domadas por él y sus compañeros a lomos de tablas lisas hechas del árbol sagrado...

Beroulf imagina, sueña, vive de nuevo, de esta forma, su vida. No hay más elementos en la vida de los nuevos ergothianos que el disfrute de la misma, y la contemplación de la Belleza. Si otros la buscan como un valor absoluto más, Beroulf y sus compatriotas la poseen sin otro esfuerzo que nacer o abrir los ojos cada mañana. Nada les legaron los antiguos elfos que comenzaron el mestizaje en la Antigüedad de su mejor arte, la magia, y por ello los ergothianos son profundamente humanos: todo aquello que necesitan para sobrevivir lo cogen por sí mismos de una Naturaleza privilegiada que a su vez los mimaba sin recato. Pero son tan elfos como humanos: adoran, idolatran a su madre, ignorantes del carácter árido y arisco, salvaje e inhóspito, ardiente y mortal que puede llegar a adquirir en otras partes del planeta, y por ello ninguna de las barbaridades que a lo largo de sus historias los humanos acaban siempre cometiendo contra su origen ha llegado aún, ni llegará, a Ergoth.

Ergoth es una isla montañosa, incapaz por tanto de los excesos de fertilidad con que la madre tierra malcría a las razas del continente en algunas zonas, pero está tan bien situada que toda su costa es vivero maravilloso de mil pescados para sus habitantes, y sus selvas contienen tantos secretos desvelados por los elfos y antes más precariamente por los humanos que la poblaban antes incluso de la Antigüedad, que nada les falta a los ergothianos. Son ricos sin poseer nada, son felices sin someterse más que a la Naturaleza, y como todo el que ama de verdad, son celosos de los bienes con que los ha favorecido el destino, pues sólo creen en una pareja de dioses, por llamarlos de algún modo: la Madre Tierra, y el Padre Destino.

Todo el que nace se despide de la primera, ésta lo empuja a desarrollarse y llegar así como lo mejor que uno puede hacer de sí mismo a los brazos del otro componente de todo amor, el componente masculino, que, misterios de la vida y de la muerte, sólo se manifiesta con ésta, para que así la Madre Tierra pueda volver a iniciar el mismo proceso de siempre.

Quizás por esto, quizás por la falta de interés de dioses y maestros anteriores, cuyos dados no cayeron nunca sobre Ergoth, la desaparición de la magia no afectó demasiado a una población cada vez más mestiza, en la que formas menores de la magia eran conocidas desde mucho antes, precisamente las que permanecieron disponibles al sabio.

Eran éstos los que detentaban lo que otras razas y tierras verían como el poder, en el sentido de determinar por su propia decisión lo que a los demás estaba vedado, o lo que los demás aceptaban como “asuntos de sabios”, sin llegar nunca a preguntarse por los motivos de aquéllos, que, por otra parte, al vivir en comunidades pequeñas, eran continuamente escrutados por sus convecinos, de forma favorable casi siempre, a lo que se veía. Resultaba entonces aquella isla en una especie de Utopía de Krynn, desconocida prácticamente para el resto de individuos conscientes de sí mismos del planeta. Pero sólo prácticamente. De alguna forma desconocida hasta para ellos, cada año o cada dos años llegaba algún kender a la isla. Nadie, ni el más anciano entre los sabios podía adivinar siquiera qué mecanismos del azar o del Padre Destino llevaban hasta sus playas a aquella escoria de los antiguos dioses.

Cada Paraíso tiene su puerta de salida, una vía por la que la felicidad no es completa y hace hundirse un barco que de lo contrario flotaría indemne y navegaría feliz por las turbulentas aguas que separan la Madre Tierra del Padre Destino. En el caso de Ergoth, los kendens eran la antítesis de los ergothianos, con su escaso metro diez frente a los nunca menos de dos metros del más bajo de los habitantes de la isla; con su desorden natural frente al orden que la Naturaleza les había regalado a los ergothianos y éstos no osaban nunca romper; con su cuerpo esmirriado y demasiado hábil frente al alma noble y el cuerpo equilibrado pero musculoso, atlético, de todos los ergothianos; con su amistad por lo ajeno frente a la comunidad de bienes en que se gozaban de vivir los ergothianos.

Contaba una leyenda reciente que en algún momento de la historia de los nuevos habitantes de Ergoth, éstos habían llegado a acoger hasta a diez kendens simultáneamente en la isla. Puede parecer una cantidad insignificante de individuos frente a los miles de semielfos que habitaban la isla en decenas de aldeas, en la costa y en las montañas, pero hay que considerar las dimensiones de Ergoth, su carácter isleño y la naturaleza kender para vislumbrar que éstos pronto fueron muy mal vistos por la población semielfa, no del todo depurada de sus veleidades racistas de antaño.

Llegó un punto en que los Diez Kendens se aburririeron al unísono. Habían recorrido cada rincón de la isla, “recuperado” miles de enseres perdidos por los despistados ergothianos, y, de repente, ya no había nada más que hacer o investigar, porque, además, todos los semielfos habían escuchado hasta el hartazgo diez mil versiones de un millón de aventuras de aquellos kendens y sus familiares, sospechosamente comunes a todos, en opinión de los semielfos más recalcitrantes.

Tuvo que haber una reunión de sabios, por primera vez casi desde que se decidió autorizar el mestizaje entre humanos y elfos, tanto tiempo atrás. La decisión a tomar era difícil por cuanto podía significar una mancha en el orgulloso mundo ergothiano, pero realmente fácil ya que no implicaba a ningún compatriota. Decidieron expulsar a los kendens de la isla, y que así sucediera inmediatamente que uno de ellos llegase hasta sus playas.

Tal vez aquellos Diez Kendens sobreviviesen y llegasen a alguna isla desconocida, donde tal vez conmemoren el modo tan educado como los ergothianos los embarcaron en una canoa de árbol sagrado y los remolcaron hasta un lugar de fuertes corrientes. Tal vez, si sobrevivieron, pensarían que aquello era lo más apasionante de sus vidas, pues desde aquel lugar, las corrientes marinas, confundidas por el continente,

las islas y algunos accidentes orográficos submarinos, tardan un tanto en decidirse por seguir finalmente un curso que aleja todo lo que flote sobre ellas de Ergoth, hacia el Gran Océano...

Beroulf sueña con todo esto, y con cambiarlo. Eydell lo ayudará, se lo ha prometido, así como todos los jóvenes de su aldea, pero el final de esa aventura está en las manos del jugador caprichoso que es el Padre Destino.

CAPÍTULO 13. Comienza la aventura

El sueño había sido inquieto para los tres personajes. Frendiel se vio a sí mismo en medio de una batalla, con Grost al lado, rodeados de enemigos sin identificar, pero acababan ganando. Grost también se vio en una batalla, aunque solo, era él quien rechazaba las hordas desorganizadas de humanos que atacaban su aldea. Travelloff, por su parte, nunca tenía un sueño muy profundo, pues las horas del día no eran suficiente para apagar toda su sed de novedades, y mucho menos lo habían sido las del día anterior, una vez se hubo enterado de que de nuevo había dragones en Krynn.

Los tres llegaron al unísono a la casa de Debaran, tan de mañana que en las calles de Nuevasil sólo se escuchaban los pasos de la guardia nocturna de elfos del bosque, a punto ya de retirarse hacia sus dominios propios fuera de la ciudad.

- Buenos días, señores, bienvenidos de nuevo.

No podía adivinarse si Debaran había dormido, o cómo de bien lo había hecho. Su rostro parecía casi más pétreo que de costumbre. Juntos, los tres siguieron al noble elfo hasta la sala en la que se habían reunido la tarde anterior.

- Ayer les pedí un poco de tiempo para reflexionar, y creo que he llegado a una decisión bastante adecuada para la situación en la que nos encontramos. Los tres sabeis a la perfección cuán importantes son nuestros planes, y para cuántas personas, estén implicadas en ellos o no, sepan o no que las cosas les irán mejor si nosotros tenemos éxito. En todo el continente, y me atrevería a decir que en todas las tierras habitadas de este mundo los humanos tienden hacia la tiranía, cuando no hacia la anarquía, con importantes daños a sí mismos y hacia el resto de razas, menos numerosas y por tanto más débiles.

Debaran se tomó una pausa, mientras un criado les servía el desayuno a los cuatro. Sus compañeros no podían estar más de acuerdo, aun cuando a Travelloff aquello de la anarquía no le sonaba tan mal.

- No sabemos si en partes más alejadas del continente hay gentes sensatas como nosotros que estén intentando poner coto a esta situación, pero sí hemos conseguido importantes colaboradores en todo el Este del continente, entre los cuales os encontráis vosotros. Frendiel, vos fuisteis el primer comandante de ejército humano en mucho tiempo en discutir las órdenes de sus superiores políticos...

- En efecto, milord, hace quince años, en Palanthis, se nos ordenó exterminar una aldea enana. Por lo visto los enanos se habían negado sistemáticamente a “donar”

su producción a la ciudad para que ésta fabricase armas. Cuando mi batallón llegó a las inmediaciones de la aldea, descubrimos que teníamos que matar a 300 enanos, sólo 100 de los cuales eran hombres adultos. Sencillamente no podía cargar una matanza más sobre mi conciencia, lo consulté con mis mandos inferiores y con la tropa (unos dos mil hombres), y llegamos a la decisión de no atacar.

- Y recibisteis vuestro castigo por ello, mi buen Frendiel, algo afortunado sin duda, pues os trajo hasta Joral, y hasta nosotros en definitiva. Ese episodio fue de los primeros que nos hicieron caer en la cuenta de cómo la falta de magia en el planeta estaba ayudando a que la naturaleza de cada raza se desarrollase a su libre albedrío, sin control, y cuánto dolor podían causar los humanos hasta llegar a ser los únicos, como parece ser el objetivo de su sangre.

Mientras hacía una nueva pausa para llevarse una rebanada de pan elfo a la boca, Debaran invitó con la mirada a que Grost hablase:

- Mi señor, yo entré en contacto con vosotros poco después del incidente de Frendiel. Mi familia fue la primera a la que se autorizó a comerciar de nuevo dentro de Flotsam, pero el ambiente no era el más adecuado. Mis hijos sufrieron varios ataques dentro de las mismas puertas de ciudad, aunque supieron defenderse, y sus atacantes siempre acabaron peor que ellos -añadió, con el pecho henchido de orgullo. Sin embargo, todo su ser se nubló al instante: - Desgraciadamente no pudieron salvarse cuando una horda de salteadores asaltó su caravana en un viaje de vuelta a nuestra aldea. Eso hizo que maese Joral volviese fugazmente a la política para proponer un cambio radical que nos ayudase a todas las razas. Afortunadamente logró convencer a los gobernantes del momento, y desde ese momento hemos mantenido diversos contactos, también comerciales.

- En cuanto a nuestro amigo el kender Travelloff, he de decir que fue todo un acierto atraerlo hasta Nuevasil, aunque su encuentro con nuestros guardias no resultó, hum, todo lo pacífico que habría debido ser...

En efecto, la llegada del kender a Nuevasil fue espectacular, cuanto menos. Iba él tranquilamente caminando por un camino boscoso, cuando se encontró el muro que ya había detenido a Frendiel y Grost hacía dos días. Como buen kender, no pudo encontrar algo más inútil y aburrido que un muro sin puertas, de modo que desvió su camino siguiendo el muro. No se sabe cómo, llegó hasta las proximidades de un campamento de elfos del bosque, quienes antes de preguntarle, habían empezado a dispararle flechas; rápido como los mismos elfos, Travelloff las esquivó, y comenzó a luchar con su jupak. Varios elfos cayeron, y así habría continuado la lucha si no hubiese llegado otro destacamento de elfos por detrás del solitario kender a detener aquella locura. El kender fue llevado hasta el máximo mandatario de Nuevasil en aquella época, Debaran...

Sólo que esto también lo tuvo que contar el mismo Debaran, pues el kender estaba absolutamente concentrado en desayunar. No había conocido tierra en que se desayunase mejor que en la elfa.

- Sí, sin duda ha sido un acierto, pues en contra de lo que piensa la gente, no hay nadie mejor que un kender para ser emisario, por su nobleza, ni nadie mejor tampoco

para darnos datos interesantes sobre las ciudades... por su innata capacidad narrativa - añadió, con un gesto significativo que sólo entendieron Freniel y Grost, y que Travelloff entendió como un gesto de complicidad con él, lo que contribuyó a elevar aún más la imagen del noble en su mente.

- Muy bien, señores. No entraré en por qué una serie de personajes notables del Este de Ansalon, como Joral o yo mismo, hemos iniciado esta campaña, hum, "educativa". Lo único que importa ahora, sin embargo, es la aparición de ese dragón. He reflexionado profundamente al respecto esta noche, y creo que mi decisión es la más correcta posible en estas circunstancias. Ha de adelantarse la reunión que teníamos prevista para dentro de dos años. Mi propuesta es realizarla en el menor tiempo posible necesario para que todas las partes resulten informadas y consigan llegar a Flotsam, donde ha de realizarse. Haciendo cálculos, he llegado a la conclusión de que la mejor fecha es dentro de tres meses. Mientras tanto, ustedes habrán de informar a estas personas - dijo, tendiéndole a Grost un pergamino con una lista de nombres -, mientras yo atiendo a mis deberes de ciudadano de Nuevasil. Respecto a maese Joral, no os preocupeis, pues un mensajero de mi confianza le hará llegar esta información.

- ¡Qué bien! Nos vamos de aventura...

- Ni hablar, tú irás por tu lado, y nosotros por el otro, ¿verdad?

La mirada suplicante del enano divirtió a Freniel, aunque no pudo contestar, pues se le adelantó Debaran:

- Mi buen amigo Grost, si os puedo llamar así, los caminos son traicioneros, y a los tres os vendrá bien la compañía de los demás...

La sonrisa del noble elfo tuvo el efecto casi de calmar al desesperado enano, que ya avistaba los tres peores meses de su vida, en compañía de ¡¡un kender!!

- Teneis todo preparado, y un batallón de elfos del bosque os acompañará hasta la salida de Silvanost. Nos vemos dentro de tres meses en Flotsam, amigos míos.

Poco tiempo después, Debaran observaba desde lo alto de la Cúpula del Caos la partida de los tres compañeros, representantes de la diversidad que había de conservarse en Krynn para que la supervivencia de Debaran y los suyos quedase asegurada.

Mientras observaba con una vista aguda como nadie podía saber ni adivinar que tuviera, observó que la Cúpula estaba silenciosa, aún no habían comenzado los servicios de los clérigos del Caos, por lo que aprovechó para concentrarse...

... Mi hija, mi propia hija, de nuevo tengo que renunciar... Pero nuestros planes... somos una raza desaparecida, extinta,... pero seguimos vivos...

- *Amigo Joral...*

- *Deb, tú por aquí...*

Si en aquel espacio, por llamarlo de algún modo, los dos interlocutores pudiesen verse corporalmente, Debaran y Joral habrían visto en los ojos del otro un afecto infinito, forjado en una vida larga como...

- *Sí...*

- *¿Han partido ya?*

- *Sí, ahora mismo.*

- *¿Tenía que pasar, verdad?*

- *Sí, amigo mío, la Desaparecida tenía que acabar haciendo acto de presencia...*

- *¿Pero por qué ahora, Deb...?*

- *Tal vez el Padre Destino de los ergothianos haya decidido jugar también en estas latitudes...*

- *¿El Padre Destino? Chorradas, Deb, esto sería más propio de aquel avatar de Paladine...*

- *Jajajajajaja, me gusta que no hayas perdido el sentido del humor humano. ¿Cómo está Arehal?*

- *Muy mal. Me culpa, no está llevando bien la partida de Lya, y aún no he recibido notificación de Lukoff. Si les ha pasado algo...*

- *No te preocupes, Joral, lo habríamos sabido, ¿recuerdas? No tenemos más que desviar un poquito los hilos que ahora mismo nos comunican para detectarnos todos nosotros...*

- *Sí, pero no podemos hacer eso, pues nos revelaríamos a la Desaparecida.*

- *Sí... ¿Cuáles serán sus planes? ¿Crees que guardará fidelidad a Takhisis?*

- *Es difícil saberlo...*

- *Sabemos dónde está, ¿podremos, hum, neutralizarla?*

- *Somos veintisiete dragones en todo Krynn, de más de cuarenta huevos olvidados por los dioses de la Antigüedad...*

- *Sí, pero sabemos que ella concentra el 90 % de toda la magia del planeta...*

- *Pero no tiene nuestra experiencia, y crear aquella fortaleza la ha tenido que debilitar mucho, quizás más de lo que sospechamos.*

- *¿Sigues con tu teoría de que sólo aparecería poco después de nacer?*

- Sí, sigo creyendo que es lo más lógico. Es más, supongo que el huevo debió de ser trasladado hasta la costa Oeste del continente.

- En fin... todo eso da igual. Tenemos que neutralizarla y hacerle unirse a nosotros, por su bien, por el nuestro y por el de Krynn y sus habitantes. ¿Tienes alguna idea, Joral?

- Aún no, aún no. Sólo he pensado en descartar cualquier tipo de combate entre ella y vosotros. Pese a lo que dices, creo que os derrotaría, y cualquiera que fuese su signo, la victoria sería pírrica.

- Sí, eso está claro. Y no podemos perder a más. Tú has sido el último en dejarnos.

- No discutamos, Deb. Tenía que hacerlo, era mi deber para con mi corazón y para con Arehal.

- Precisamente por eso eres nuestro líder, el más respetado desde que la Antigüedad se rompió. Pero recuerda que tu alma siempre será la de un dragón de Krynn.

- Pronto dejará de ser así...

-¿La enfermedad ha avanzado?

- Sí, aunque creo que llegaré a la reunión de nuestros amigos mortales.

- Quiero verte, amigo mío...

- Quiera tu Caos que así sea. Por la infraestructura no te preocupes, Arehal se encargará de todo.

La unión entre ambos se rompió cuando los clérigos del Caos divisaron la cara en trance de Debaran.

CAPÍTULO 14. Mujer

Kaleytha no sabía muy bien lo que podía ser un bombón, pero algo muy dentro de sí le dijo que aquellos dos cazadores, o lo que fueran, se referían a ella.

Se volvió lentamente, desconcertada porque...

¡¡Era humana!!

No supo muy bien qué fue lo que la hizo caer en esa certeza, si el no tener que plegar su cola para no dañar su creación, las hojas de pino bajo sus pies sin garras, el roce sedoso de su cabellera en su espalda sólo así vestida, o ver que no tenía que bajar la mirada para observar a aquellos dos impertinentes.

Mientras se volvía, los dos cazadores no pudieron más que deleitarse con la visión de aquel cuerpo supremo.

La piel extremadamente blanca se dejaba dar forma por una espalda que bajaba hasta un trasero redondeado y turgente, sin desviación de lo perfecto. Al irse girando Kaleydhá, el resto de sus encantos se fue poniendo a la vista de los cazadores: dos senos generosos y firmes, de líneas deliciosas y de pezones enhiestos rodeados por una aureola de tamaño mediano, hicieron que uno de ellos levantase su cara para observar el rostro de aquella diosa, en tanto que el otro decidió seguir el sentido contrario. El primero no terminó de maravillarse con el rostro de aquella mujer. Cejas finas, ojos de un verde intenso, pómulos marcados, frente abierta, labios rojos y finos daban a aquel rostro belleza sin parangón en la experiencia de aquellos dos hombres, aunque la expresión a que daban lugar todos sus rasgos debería haber sido advertida como de enojo supremo, pues en cuanto Kaleydhá terminó de girarse y su larga y ondulada melena negra azabache dejó de agitarse por la brusquedad del movimiento, se percató de las intenciones de aquellos dos incautos.

- Vaya, muñeca, ¿de dónde sales?

- ¿Te vienes con nosotros? Aquí pronto hará frío para ir desnuda, aunque si prefieres seguir así, nosotros sabremos cómo calentarte...

¿Desnuda?

- Haríais bien en buscarme vestido, si os molesta mi vista, humanos.

La voz de Kaleydhá impresionó a los tres. Aunque netamente femenina, traslucía un poder y autoridad milenarios y desconocidos entre los habitantes comunes de aquel Krynn. Sin duda la habrían obedecido si la escena se desarrollase en otra época, si los dos hombres fueran en cambio dos mujeres, o si los dos hombres hubiesen sido caballeros. Desgraciadamente para ellos, estaban dominados ya por sus más bajos instintos, y las palabras de la mujer causaron en ellos sorna primero, desconcierto después, y, como todo lo que causa desconcierto en un hombre de instintos primarios dominado por estos últimos, furia ante la afrenta. Y eran dos hombres de acción, curtidos en mil batidas por los bosques, se habían enfrentado a osos, lobos, ogros y criaturas aún peores. No podían dejarse insultar de aquel modo por aquella monada, por muy mona que fuese. Iba a aprender a tenerles respeto.

Más o menos con esos pensamientos en mente, estuviera aquélla donde estuviese, se acercaron más hacia donde les esperaba la mujer.

Kaleydhá no necesitó ningún manual de comportamiento en sociedad como los que se aprendían las damiselas de las ciudades humanas, para adivinar las intenciones de aquel par de hombres, que, ajenos a todo salvo a ella como presa, no se habían percatado de que sus perros de caza seguían en el bosque, incapaces de avanzar hacia sus dueños, atenazados por un miedo que sólo les permitía gemir e intentar rebasar sin éxito una línea imaginaria...

Decidieron separarse, e intentar rodear a la mujer. Uno de ellos sacó un látigo de arriero, mientras el otro se decidió por blandir un afilado cuchillo de dos palmos de

hoja, de los que usaba para desollar las piezas que cazaban, Sólo que aquella pieza que pensaban cazar, en lugar de empezar a temblar de miedo, les estaba esperando con una sonrisa sardónica, una ceja levantada por el desdén, y una furia infinita.

Cuando estuvieron a unos cinco pasos de ella, saltó hacia el lado del del látigo, que ya echaba hacia atrás su brazo así armado, con la aviesa intención de lanzárselo al cuello de la bella. Sin embargo, el mero hecho de que ésta se atreviese a moverse, despistó al atacante, desconcertado aún más por ver venir los hermosos dedos del pie de Kaleydhá directos a su rostro. El talón se dirigía certero hacia la unión de la frente y el puente de la nariz del cazador, pero un movimiento instintivo de éste hizo que el golpe no fuese tan definitivo como pretendía Kaleydhá, sino que sólo le rompió a aquel tipo el tabique nasal.

La fuerza del golpe fue tal que el cazador salió despedido hacia atrás, medio atontado. Kaleydhá en cambio aterrizó donde había pensado desde el principio, dispuesta a acabar con el otro atacante, quien no menos asombrado que su compañero, era ahora doblemente peligroso, pues estaba avisado de lo que podía ocurrir si cometía cualquier fallo, y, además, estaba mucho más furioso por lo que aquella furcia le había hecho a su amigo.

El cazador inició su movimiento de ataque agachándose y ofreciendo a su enemiga el menor ángulo posible, entrando casi de perfil a rematar con su cuchillo. El arma se dirigía de abajo arriba al vientre de Kaleydhá, a una velocidad que el incauto atacante creía impresionante y definitiva, tanto que no le dio tiempo a ver la sonrisa en la cara de la mujer, mientras ésta le esquivaba con un ágil movimiento de pies. La furia por verse así toreado no pudo llegar desde el cerebro del hombre a sus nervios y músculos: su propio movimiento le había puesto ahora en desventaja frente al cuerpo de su rival, quien acompañó el quite de sus pies levantando su brazo izquierdo y dejándolo caer rápidamente sobre la cabeza del cazador cazado, resultando que el golpe seco que ése recibió desorganizó por completo su masa encefálica, por decirlo finamente, cayendo muerto al suelo de forma fulminante.

Kaleydhá se volvió. Su otro contrincante se había recuperado mucho más rápidamente de lo que ella había supuesto (anotó mentalmente repasar sus conocimientos de artes marciales humanas...), y no sólo no estaba ya en el suelo, sino que divirtió a la dragona lanzándole un latigazo dirigido a su cuello, con la intención de asfixiarla. La mujer no se inmutó, y permitió que la lengua del látigo se ciñese más y más en cada una de sus vueltas a su cuello. Los músculos de éste estaban tensos y rígidos como columnas, y el efecto de asfixia que pretendía el segundo cazador nunca llegó ni a iniciarse. Eso él no lo sabía, y en cuanto vio que el látigo cubría por completo el cuello de su rival, quiso derribarla al suelo de un tirón seco. Pero nada ocurrió. Aquella ramera no debía de pesar más de 55 kilos, él era un forzado en su aldea, y sin embargo sólo consiguió hacerse daño en el brazo. Ni un milímetro se desplazó Kaleydhá, que, además, habló:

- ¿Así es como me quieres vestir, humano? Está bien, me gusta el color negro.

Demasiado tarde para él, el pánico hizo mella en su sistema nervioso, de una forma un tanto maloliente...

Soltó el látigo, y quiso echar a correr, pero de un salto aún más largo que el primero, Kaleytha se proyectó sobre la espalda del hombre, alcanzando la base de su cráneo con un puñetazo seco y mortal, que desencajó columna y cráneo, haciendo que la cabeza del cadáver adoptase una postura antinatural cuando aquél impactó en el suelo.

Kaleytha se volvió de una forma insospechadamente muy femenina, temiendo verse observada, y oteó el bosque en derredor, sin divisar otros seres vivos que los perros huyendo de la escena. Recogió el látigo, su primera prenda, y decidió que su vestuario de humana sería negro. Automáticamente un ceñido pantalón la cubrió hasta la cintura, mientras un corsé de cuero se ceñía a su tronco y encantos superiores.

-¡¡Sí!!, me veo bien...

Y dio la espalda al escenario de la lucha anterior para adentrarse en Nueva Fishgaard. Necesitaba un templo que canalizase su magia y la ayudase a darle vuelo a la ciudad que les iba a regalar a sus súbditos.

Si hubiera levantado la vista cuando se sintió observada, y la hubiese dirigido a cierto árbol, habría visto al causante de su sensación.

“Vaya, vaya. Así que la magia ha vuelto a Krynn...”

Negándose cualquier otro pensamiento, Boasil bajó del árbol en cuanto vio que Kaleytha se internaba en la ciudadela, y se alejó por un camino distinto al que había llevado a los cazadores a su final, un camino que lo llevaba hacia el Norte, hacia Palanthas.

Por algún motivo su sueño durante las noches que duró el viaje no fue tan tranquilo como hasta entonces. Un tema corroía su alma, y no era cómo ayudar a sus hermanos, ahora que la Desaparecida había surgido en su mundo...

CAPÍTULO 15. Interludio camino de Palanthas

Después de su encuentro con las bandas de salteadores rivales, Lya y Lukoff contaban sólo con dos caballos, y según Lukoff, había una serie de mercancías que era esencial llevar a la sucursal de los negocios de maese Joral en Palanthas, por lo cual nuestros dos protagonistas montaron en uno de los caballos, mientras el otro transportaba a sus lomos los paquetes y fardos que Lukoff había considerado oportunos, sin explicarle en ningún momento a Lya cuál era su fin.

Dos días después del ataque, tuvieron que vivaquear en un claro a la orilla del camino. No había ninguna posada hasta la siguiente jornada, y los dos viajeros estaban tan cansados como sus caballos. Además, el que los llevaba estaba levemente herido en un cuarto trasero, algo que les ralentizaba la marcha lo suficiente como para que Lukoff le hubiese cedido la exclusividad de su monta a Lya. Ésta aún no dejaba de maravillarse de cómo su compañero, también herido, marchaba junto a ella a pie, incansable y sin desvelar el menor atisbo de dolor. Pero todo se iba acumulando en su corazón, como los sedimentos en los deltas de los ríos, silenciosamente, invisiblemente, pero tan irrevocable como las islas que formaban esos deltas.

- Paremos aquí, Lukoff, ¿te parece? Parece un claro acogedor y necesitamos descansar, igual que los caballos.

- Sí, milady, teneis razón, pero permitidme investigar primero.

Asegurándose de alguna forma experta, supuso Lya, que nadie los acechaba en aquella parte del camino, Lukoff circunvaló el claro por sus límites, hasta que se dio por convencido de su soledad y lo acabó atravesando de vuelta hasta donde se encontraban Lya y los caballos de maese Joral.

Todo estaba en orden, de modo que Lukoff montó el campamento. Lya no sabía por qué, pero eran raros los momentos en que podía decir que habían hecho algo juntos. Aquel hombre parecía no necesitar nada ni a nadie, y mucho menos su colaboración para montar el refugio en el que ella dormiría por la noche durante el turno de guardia de él. Lo cierto era que resultaba tremendamente eficaz, como si toda su labor profesional se hubiese centrado siempre en preparar vivacs de campaña.

Pero Lya tenía otros temas en mente. Tenía que aprovechar aquella parada inesperada para hablar con Lukoff, e intentar desentrañar su misterio. Y apenas se atrevía a soñar algo más, un deseo aún incipiente en su corazón.

Mientras Lya estaba ocupada dando unguento a la herida de Arinn, el caballo herido, Lukoff se internó en el bosque que los rodeaba, y apenas en el instante en que Lya comprobaba asustada que se encontraba sola, reapareció con cuatro piezas: dos liebres salvajes y dos aves salvajes no voladoras similares a gallinas, cuyo sabor era muy apreciado entre los nobles de Palanthas, como le explicó Lukoff, en un súbito momento de expresividad...

- Milady, disponeis de un riachuelo a quinientos metros de aquí, si lo necesitais para... ejem...

- ¿Para empolverarme la nariz? Muchísimas gracias, Lukoff, sois de lo más galán - y acto seguido la damisela le estampó un sonoro beso en la mejilla al anonadado siervo...

Ninguno vio en cambio lo sonrojado que quedaba el otro después del incidente, pues Lya aprovechó la información de Lukoff.

Cuando la bella regresó al campamento, éste disponía ya de la obligada hoguera, todas las piezas estaban ya desolladas y desplumadas, y una de ellas se asaba lentamente a unos centímetros sobre el fuego, ensartada en un asta de flecha de las que les habían arrojado dos días atrás, dando vueltas gracias a las maniobras de un Lukoff sentado a dos pasos, con su mirada y su pensamiento perdidos en el infinito.

Aunque su conciencia siempre alerta le habría avisado ya seguramente de los pasos que se acercaban, Lukoff sólo tomó nota de la presencia de su hermosa compañera cuando se giró ante su llamada.

Su mirada se fue elevando desde la falda similar a unos pantalones de perneras amplias que súbitamente ceñían una cintura de avispa, donde su color azul daba paso al

blanco de una blusa amplia que llegaba hasta el cuello de Lya. Flanqueado por los rizos oscuros del largo cabello de la damisela, la mirada de Lukoff se deslizó por los bucles que formaba aquél, hasta los ojos marrones que lo observaban divertidos desde la altura de la hermosa faz que los albergaba.

Quizás la diversión que denotaban aquellos ojos jóvenes e inocentes fue lo que sacó del ensueño al viajero, o quizás fue el súbito olor a carne quemada... se le había olvidado seguir dando vueltas a la liebre...

Halagada, la chica se giró de repente para que Lukoff no detectara nada y se dirigió hacia donde se encontraban sus cosas, mientras Lukoff partía adecuadamente la cena, quedándose con el trozo más oscuro...

Ambos cenaron en silencio, Lukoff inmerso en sus pensamientos, insondable como siempre, Lya con más hambre de lo que creía, y disfrutando del toque que le había dado Lukoff a la carne, pero pensando también en cómo iniciar una conversación.

Pero sólo tuvo oportunidad de ello poco después de terminar de cenar, cuando Lukoff se acercó hasta un árbol y se sentó con una ramita entre los dientes, pensativo.

- ¿Puedo sentarme?

- Claro, milady -y Lukoff ya se estaba levantando para cederle su lugar a su protegida, por lo que ésta dijo:

- No, por favor, no es necesario, me gustaría sentarme aquí, junto a ti, junto a vos -añadió, súbitamente avergonzada, y con la mirada ya baja.

- ¿Vos? Milady, no es ése el tratamiento que corresponde.

Y de nuevo volvió a fijar su mirada en las montañas que se desdibujaban en la creciente oscuridad.

Lya se sentó a escasa distancia, mirando también en la misma dirección:

- ¿Has recorrido mucho mundo, verdad, Lukoff?

- Sí, he viajado mucho.

-¿Cuál ha sido el lugar más alejado de Flotsam al que has ido?

- Hm, no lo sé, quizás Abanasinia, quizás el Monte de Ciencia y Tecnología, quizás el Muro de Hielo... Pero de eso hace mucho tiempo, cuando aún...

- ¿Cuándo aún...? -le animó Lya.

- Cuando aún no servía a las órdenes de vuestro padre.

- ¿Qué es el Monte de Ciencia y Tecnología? No había oído hablar de él.

-Bueno, así es como llaman los gnomos de esta edad al viejo Monte Noimporta.

-¿Tú has visto gnomos?!

- Sí, claro, allí hay muchos, miles de ellos. - Una leve y breve sonrisa afloró a los labios del hombre.

- Bueno, esto, claro. -Dijo azorada la damisela. Añadió: - ¿Cómo son?

- Bueno, los de ahora son algo más altos que los enanos, pero bastante más delgaduchos, dado el lugar en el que viven la mayoría de ellos, ninguno goza de la excelente salud de éstos. Tampoco acostumbran a llevar barba.

- ¿Los de ahora?

- Sí, claro. Una de las consecuencias de la desaparición de la magia y la ruptura de la Antigüedad es que las distintas razas divergen aún más, siguiendo una deriva física distinta cada una. Así, todas las razas son un poco más altas a cada generación, por ejemplo.

- Sí, algo me había dicho mi institutriz.

Ambos se quedaron de nuevo en silencio, bañados por la tenue luz rojiza de Lunitari.

- ¿Qué son la ciencia y la tecnología?

- No lo sé exactamente. Son conceptos gnomos, pero creo que son algo así como un molde y lo que sale de él cuando pones masa dentro. La ciencia debe de ser el proceso por el que los gnomos sacan ideas de su cabeza, y la tecnología todo lo que han de hacer para conseguir poner esas ideas en práctica.

- ¿Qué tenías que hacer allí?

- Fue una misión comercial -respondió Lukoff, demasiado rápidamente a juicio de Lya, que se quedó extrañada, porque además el hombre había agachado rápidamente la cabeza al decirlo.

Entendiendo, embargo, que no le sacaría nada por ese camino, Lya decidió dar un giro a la conversación.

- ¿Cómo os conocisteis mi padre y tú?

El tono mucho más tranquilo, hasta modoso, de la joven, su mirada perdida en la oscuridad lejos de la hoguera, y todo lo que debía ocultar hicieron que Lukoff tardase un poco en contestar, mientras recordaba la versión oficial:

- Fue hace unos veinticinco años, cuando yo empezaba a trabajar de porteador en Flotsam y maese Joral necesitó la incorporación de bastantes trabajadores a sus negocios, que parece que tuvieron una expansión importante en aquella época, camino

de lo que son hoy día. Yo acepté y entré a su servicio. Todos íbamos sin saber exactamente qué puesto nos encargaría el prohombre, y nos sorprendimos enormemente cuando nos comunicaron que recibiríamos un curso global sobre gran cantidad de materias, para seleccionarnos al cabo de seis meses en función de aquellas en las que destacáramos. Ahí se vio claramente que mi señor Joral no era una persona corriente...

- Ja, ja, ja, sí, es muy especial...

“Y vos nunca sabreis cuánto, mi querida pequeña”, pensó para sus adentros Lukoff.

- Sí, en efecto. Yo destacué en logística, comercio y en algo que fue una sorpresa para mí, en enseñanza... -repuso, en cambio.

- ¿Y así fue como acabaste siendo mi instructor? - le interrumpió entusiasmada la damita.

- Ja, ja, bueno, pues... sí, supongo que sí.

- También destacarías en lucha, ¿no? Porque lo de hace unos días..., no creo que esté al alcance de muchos.

“De unos treinta seres en todo el continente”, pensó, mas dijo:

- Me halagais en exceso, milady, las dos bandas de atacantes se dedicaron a matarse entre ellos, pensando que más tarde acabarían fácilmente conmigo.

-¿Y aquel gigante? Estaba muy asustada mientras escuchaba vuestra lucha desde el fondo de la carreta -y acompañó sus palabras acercándose aún más al hombre, y apoyando su cabeza sobre su hombro.

- Hicisteis lo correcto. Quién sabe qué locura se les habría ocurrido, como secuestraros... - y dejó de hablar, recorrido del placer de saber aquella alma y aquel cuerpo femeninos tan cerca...

Lya aún tenía otra pregunta en mente:

- Vos que sabéis tanto, ¿qué es el amor? - aunque lo preguntó entre bostezos.

Todo el cuerpo de Lukoff se petrificó, aunque la muchacha no lo llegó a detectar, pues le pudo la somnolencia con que ya había iniciado aquella pregunta que no fue capaz de refrenar en su boca. El hombre se dio cuenta, y esperó unos instantes para responder en voz queda:

- Eso no lo sé - mientras pensaba “ni lo puedo saber”.

CAPÍTULO 16. Cosecha de prohombres

Frendiel se veía obligado a ir en medio, por mor de la paz entre los tres formantes del extraño equipo de “guerreros”, como insistía Travelloff en llamarlos. El pobre Grost se había visto más de una vez fuera de sus casillas a causa de los comentarios (cháchara insulsa, según él) del kender, y Travelloff no podía sospechar las veces que el corpachón de Frendiel se había interpuesto de forma al parecer inintencionada entre él y un demasiado furioso Grost.

Los caballos que guiaban su carreta eran extraordinariamente fuertes y resistentes, y recorrían los caminos del Este del continente a buen ritmo, parándose sólo en las ciudades y villas humanas donde había algún amigo de Joral y Debaran.

Travelloff solía ir mirando siempre hacia arriba, hacia el cielo, por si la ventura les traía la visión de un dragón, pero con el paso de los días la disciplina impuesta por el humano y el enano había ido minando su desparpajo y su iniciativa naturales, de modo que nunca podía explorar los alrededores de los lugares donde acampaban para controlar que estuvieran desiertos y no hubiera peligro, ni podía tampoco ir por delante de los otros dos a modo de avanzadilla. El hombrecillo no entendía por qué, ni cuál era su papel en aquel equipo de guerreros, y se iba mortificando día tras día, con la salvedad de aquellas jornadas en las que justo llegaban a alguno de los destinos de su ruta, cuando, entonces sí, Grost y Frendiel aliviaban su aburrimiento permitiéndole buscar noticias en la ciudad. Sólo que entonces las suspicacias y las prohibiciones las imponían por lo general los habitantes de la misma.

Grost, por su parte, se iba acostumbrando poco a poco a la presencia molesta del kender. Le bastaba con unos discretos taponos de cera.

Una noche, después de salir aquella tarde de una aldea enana, donde habitaban una pareja de ancianos enanos que figuraban en la lista de personas destacadas que les diera Debaran, Frendiel detuvo bruscamente a los caballos. Grost logró mantener bien el equilibrio apoyando el mazo en pescante, pero Travelloff iba absolutamente enfrascado en su conversación (monólogo en realidad) con Frendiel, contándole no sabía éste qué historias acerca de un animal mitológico, el olifante... La cuestión es que no le dio tiempo a acomodarse al brusco parón, y sin que se diera cuenta hasta llegar al suelo, dio con sus huesos en los adobes de la calzada por la que circulaban, molesto invento humano que presuntamente facilitaba los viajes de los más ricos, pero que, pensaba Travelloff, a él sólo le había procurado quizás la rotura de un par de costillas.

Ya estaba explicando esto cuando atendió al gesto de Frendiel, que desde lo alto le conminaba al silencio con un dedo sobre los labios. Grost se quitó los adminículos que le evitaban la cháchara del kender mientras viajaban, y también se dispuso a escuchar. Aunque al principio todo parecía tan en calma como siempre, pronto notaron el por qué de la rápida reacción de Frendiel: por el camino que habían seguido hasta entonces se empezó a escuchar un auténtico estruendo de cascos de caballos y gritos de hombres. Frendiel, desconocedor de qué podía significar aquello, pero preocupado y llevado por la prudencia, guió a sus caballos y el carro que llevaban hacia un lado del camino.

A los pocos segundos una marabunta de hombres al galope acabó por rodearles. Se trataba de diez humanos bárbaros, uno de los cuales, el más alto, a lomos de un caballo marrón de inmejorable planta, se dirigió al que tomó por jefe de aquel trío, por ser el más fuerte y el único humano:

- Saludos, viajero. ¿Qué sois? ¿Un circo ambulante?

- Saludos, noble señor. No somos más que siervos de maese Joral de Flotsam.

- ¿Y qué haceis en mi territorio?

- Perdonadme, noble señor, pero no vimos vallado ni cartel que dijeran que este camino fuese vuestro...

- Vaya, vaya, así que no ha llegado aún a Flotsam noticia de que estos caminos precisan de buen peaje para su cruce por aquellos a los que yo se lo autorice... Bueno, pues ya estais sabidos. Veamos qué llevais que os pueda franquear el paso por este camino...

Ya se dirigían dos de sus hombres a la trasera de la carreta, cuando Frenziel arguyó:

- Yo que vosotros no lo haría, no parecis viles salteadores de caminos...

La faz del líder de los otros se ensombreció.

- ¿Qué te importa a ti lo que seamos o lo que parezcamos? Parecías prudente, no estropees mi primera impresión...

Los dos forajidos abrieron el telón trasero de la carreta, algo que indignó profundamente a Travelloff. Nadie parecía haber reparado demasiado en él, después de todo a los kenders simplemente se les mantenía apartados de los bolsillos y aperos propios, por lo cual las peidras que impactaron contra las cabezas de los dos individuos los pillaron por completo desprevenidos, algo que el enfierecido kenderaprovechó para endosarles sendas patadas en sus bajos vientres.

Lo que vino después fue un pandemonium de gritos y golpes. Con la mitad del destacamento distraído por lo que ocurría detrás del carruaje, los demás se vieron no menos sorprendidos por un ágil salto de Grost, que lo propulsó hasta la grupa de un caballo próximo, de la cual expulsó al sorprendido jinete, arrancándole la espada corta que éste portaba.

Viendo Frenziel y el líder de los bandidos que aquello sólo podía derivar en una batalla campal, decidieron dos cosas: Frenziel se levantó sobre el pescante con toda su ingente humanidad y asió al aún cercano enano por su cintura, mientras que el otro líder sacaba de una alforja un trompetín, haciéndolo sonar seguidamente, de forma que inmediatamente todos sus compañeros detuvieron sus movimientos de ataque al trío, salvo atrás, donde entre tres humanos apenas podían resistir los intentos desaforados del kender por liberarse.

- ¡Suéltame, Freniel! ¿Qué es esto? ¿Nos has vendido? ¡Sucio traidor!

- ¡Soltadme, ladrones, malhechores, amigos de lo ajeno!

Aunque todos detectaron lo curioso de esa frase en boca de un kender, ninguno rió.

- Tranquilizaos, amigos míos, nadie ha vendido a nadie. Tú, Travelloff, deberías disculparte, porque nadie nos ha atacado y tú has herido a estos dos hombres.

Los susodichos miraban cabizbajos y con rencor en los ojos y mejillas enrojecidas de vergüenza al pequeño hombrecillo, mientras el resto de “forajidos” procuraba contener la risa.

- Freniel, creo que deberíamos explicar esto, ¿no crees?

Grost, ya en el suelo, no cabía en sí de asombro, aunque seguía rezongando, herido en su amor propio, después de semejante salto como el que había dado, sólo repetido en los tiempos de juventud y reyertas contra los humanos.

- Tienes razón, Ryon.

Dado el nuevo clima de distensión todos los jinetes desmontaron, y llevaron sus monturas junto a las de los tres viajeros, para después rodear a su jefe y a los otros tres. Grost y Travelloff coincidieron por una vez en todo el viaje en que no sabían a cuál de los dos humanos mirar. El semblante de ambos era el de dos viejos camaradas, con la mirada sonriente pero la sonrisa incapaz de acabar saliendo a la luz de sus bocas, como si algo se lo impidiese.

- Para empezar me presentaré. Soy Ryon de Nouylle, y antes no os he mentido, todo este territorio es mío, en cierto sentido.

- En cierto sentido sí. Grost, Travelloff, Ryon y yo somos amigos desde hace más de quince años. Ambos servimos en el ejército de Palanthas, y a ambos nos degradaron por el mismo motivo.

- Un placer conoceros entonces, milord Ryon - repuso Grost.- Sin embargo, todo parecía como si de una banda de asaltantes os trataseis - añadió, deseoso de justificarse.

- El placeres mío, mi buen...

- Grost.

- Mi buen Grost. Sí, mi hermano Freniel y yo coincidimos en momentos difíciles para nosotros y para todas las razas cercanas a Palanthas.

- ¿Sois hermanos? - exclamó sorprendido el kender, porque en efecto los dos humanos tenían pocos rasgos en común, y porque ya había recuperado la voz después de perderla por la furia de la escaramuza anterior.

- Ja, ja, ja, no, sólo de sangre, mi buen Travelloff - aprovechó Frendiel para presentar al valeroso kender.

- Sí, hicimos un juramento de hermandad al separarnos.

- Ryon decidió probar fortuna como mercenario a sueldo de los terratenientes de Abanasinia en su constante lucha contra bestias inmundas, y yo encontré a maese Joral, o quizás sea mejor decir que él me encontró a mí.

- No conozco esa parte de la historia, Frendiel, hace ya demasiado tiempo de aquello. ¿Qué os parece si os escoltamos hasta vuestro destino?

- Como ves, no necesitamos escolta - contestó Frendiel con un guiño y una sonrisa, pero aumentando la intensidad de ésta, añadió: - Pero vuestra compañía sería muy bien recibida, amigo mío.

Todos volvieron a montar en caballos y pescante, y siguieron camino en animada conversación. Frendiel cedió las riendas a Grost, que muy a su pesar se tuvo que situar al lado del kender, aunque ninguno de ellos dejaba de prestar atención a lo que hablaban los dos humanos:

- ¿Cómo es que estais tan al Este, Ryon? ¿Ya habeis acabado con todos los bichos que asustaban al ganado en el Oeste??

- No, la verdad es que se reproducen casi como ratas, pero hemos oído hablar de disturbios por esta zona, dicen que han aumentado los robos y asaltos en los caminos, y quizás tengamos una mejor oportunidad de negocio aquí.

- ¿Tú crees? Todas las ciudades tienen ya sus propias milicias, la mayor la de Palanthas, claro, por no hablar de los ejércitos privados de los más ricos...

- Sí, pero ambos sólo intervienen para proteger a sus deudos, entre las ciudades el continente es tan salvaje como siempre. De todos modos, fíjate en mis hombres, y en mí mismo. Somos ya casi veteranos. Empezamos a buscar más compañía humana, posadas en lugar de acampadas al aire libre...

- ¿Qué hay de la proverbial hospitalidad granjera?

- Sin duda es estupenda, e inmejorable, pero... sabes que yo soy un hombre del Norte, aquélla no es mi tierra.

- Te entiendo.

- ¿Y vosotros? ¿Cómo es que estais juntos? ¿Y a dónde vais?

Y Frendiel se dispuso a relatar todo lo que le estaba permitido a su viejo amigo reencontrado.

CAPÍTULO 17. Dueña y señora

Después de ser molestada por aquel par de impertinentes, Kaleydhya se dio cuenta de una cosa: ya no era una dragona, o por lo menos no podía volver a su forma más poderosa. Por tanto, dedujo, necesitaba aún más descanso, por lo que volvió a entrar en trance, esta vez dentro de un templo, aunque no pudo interpretar los símbolos, casi simples dibujos de niños, que encontró en su interior. Sólo necesitaba un lugar tranquilo y dedicado a cualquiera de las infinitas manifestaciones de la divinidad.

Aunque esta vez el despertar fue tranquilo y natural, tampoco tuvo noción de cuánto tiempo había transcurrido. Cuando salió del templo, era de noche, y las tres lunas resaltaban en lo alto de la cúpula celeste, donde, en cambio, Kaleydhya fue incapaz de reconocer las constelaciones que su instinto le decía habían de aparecer. Este hecho apenas le causó un leve y corto malestar, pues aunque ella era todopoderosa allí abajo, también tenía constancia de que allí arriba no era nada. Bueno, no era nada aún, claro, pensó, con una sonrisa bailando en su boca, blanca y en abierto contraste con el negro de su atuendo.

Sin embargo, un tema se había introducido de forma subrepticia en su mente. Tenía la vaga sensación de haber soñado con alguien, con un hombre, además, aunque sumamente poderoso. Sólo eso se le había quedado grabado del sueño, así que con un gesto del brazo desechó cualquier preocupación. De nuevo se sentía ella misma, excelente, poderosa, invencible, magnífica, maravillosa, mas ¿para quién? De nada sirve el mayor de los esplendores si no hay nadie para contemplarlo y adorarte por ello, de modo que Kaleydhya salió de su creación, y a unos cien pasos de la aldea, aún clavada en el suelo, se volvió hacia la misma, se concentró y empezó a salmodiar y mover los brazos en gestos que sólo parecerían filigranas se algún baile sin sentido si no hubiese sido por el quejido de la madre tierra que los siguió: todo el suelo de la región se lamentó cuando sintió que le desgajaban aquel pedazo de sí, mas la dragona no atendió a ningún lamento, ningún sonido llegó hasta su mente concentrada totalmente en el prodigio de echar a volar aquella ciudadela.

La parte final del sortilegio consistió en su propia transformación en dragona. Una neblina espesa e infranqueable rodeó toda la región, mientras en su interior se obraba de nuevo la maravilla, y de su parte más alta salía disparada hacia el cielo la verdadera Kaleydhya, que, pese a disfrutar lo indecible con su nuevo vuelo, se detuvo en el aire y pensando consiguió que la ciudadela flotante se situase a su lado.

La ciudadela no podía adquirir la misma velocidad que la dragona, de modo que para impedir que se perdiese el vínculo mágico entre su creación y ella, Kaleydhya tuvo que ralentizar su marcha y revolotear perezosa en incontables vueltas y filigranas aéreas en torno a su maravilloso prodigio. Ambos llegaron a la altura de Fishgaard unos cuantos días después, desatando el temor al dragón en la pequeña aldea de pescadores:

- ¡Humanos! Sé que ya no teneis los fabulosos dioses que tuvisteis en la Antigüedad, pero debeis alegraros, porque yo he llegado, y de ahora en adelante, seré vuestra diosa.

Nadie osó ni tuvo fuerzas para responder a aquella voz inhumana pero perfectamente comprensible dentro de sus atemorizadas mentes, ni nadie tampoco tuvo la posibilidad de negarse al súbito y común impulso que tuvieron todos de salir de sus escondites, y con la cabeza baja y los brazos pegados a sus costados, dirigirse a donde la poderosa mente de Kaleytha los llevaba, la puerta principal de Nueva Fishgaard, un nombre adecuado o no, pero que a la dragona le había hecho mucha gracia: una ciudad de peces en el cielo de Krynn. La ciudadela estaba a un palmo escaso del suelo, y nadie tuvo problemas para entrar en su futuro “hogar”.

Mientras tanto, la antigua Fishgaard quedaba desierta, como si unas fiebres hubieran abatido sobre sus habitantes, o como si éstos se hubiesen desvanecido en el aire en mitad de sus tareas.

Cuando Kaleytha decidió que ya era hora de ir hacia metas mayores, hacia Palanthas, mientras sus súbditos fabricaban todo tipo de armas mágicas que dotasen a Nueva Fishgaard de una fuerza insuperable, e iniciaron el viaje hacia el Noroeste, un pequeño navío mercantil atracaba en el desierto muelle de la muerta ciudad, allá, quinientos metros más debajo de donde una alegre y triunfal dragona desechaba por imposible el mensaje que le enviaba su instinto: cerca había otro como ella.

CAPÍTULO 18. La última noche

El ritmo del viaje era ahora más rápido, y también más cómodo y placentero para la damisela. En atención a su nueva compañera Lukoff no viajaba ya de noche, y ésta disponía siempre de las paradas que necesitase a lo largo de la ruta, haciendo las tres comidas tradicionales en posadas de buena fama y mejor trato.

La herida de Lukoff se curaba con rapidez, quién sabe si por los cuidados diarios que Lya se empeñaba en dar, y Lukoff soñaba cada noche con recibir. Éste no tenía ni idea de cómo era aquello posible, pero cada mañana del viaje, cuando llamaba a la habitación de la chica, ésta estaba ya preparada para el viaje, y casi más bella aún que el día anterior. Sus ojos heredaban cada tarde el brillo del Sol recibido durante el día, que poco a poco era admitido en la piel de Lya, adoptando ésta un aspecto más saludable que el cortés blanco de la alta sociedad de Flotsam.

Y cada día Lukoff lamentaba más y más los kilómetros recorridos, que los acercaban a su destino y al final de su misión.

El ignorante objeto de ésta, Lya, no logró hasta la víspera de la llegada a Palanthas aunar fuerzas suficientes para hablar con su guía sobre los motivos de la huida del hogar familiar, ni tampoco Lukoff había perdido cortesía como para preguntar, pero esa víspera viajaron a un ritmo inusualmente lento, y el hombre estaba aún más taciturno que de costumbre, mientras que a Lya le animaba el hecho, recién advertido, de que Lukoff no la había llevado de vuelta a la casa de su padre. Fue esto, y saber que cualquier acción por su parte sería inviable a partir de la mañana siguiente, lo que finalmente hizo que Lya saliese de su habitación a una hora claramente intempestiva e indecorosa para una dama. La posada que los alojaba aquella noche era de piedra (uno de los caprichos que no sabía Lya cómo podía permitirse Lukoff, que parecía tener más dinero del que quizás hubiese necesitado de viajar solo...), y por tanto sus pies desnudos

no hicieron ningún ruido cuando se acercó a la habitación de Lukoff. Pensó llamar, y cuando tocaba la hoja de la puerta, ésta giró suave y silenciosamente sobre sus goznes. La luz de Solinari llena inundó los ojos de la muchacha, que vio cómo se dibujaba la figura de Lukoff, de espaldas a ella. La cama se encontraba sin deshacer, los fardos estaban ordenados a un lado, al otro los hatillos personales de Lukoff, y éste, impertérrito, tenía la mirada perdida más allá de Solinari.

- Lukoff...

- ¿Milady? - el hombre se volvió demasiado lentamente para la cortesía que le habría debido, pensó la parte de Lya que ésta deseaba dejar atrás.

- Hemos de hablar... - la voz de Lya era apenas como un hilo de agua corriendo por un cauce de arena fina, a punto de cortarse.

- Acercaos a la ventana, milady, por favor.

Lya obedeció, repentinamente temerosa.

- Mirad en aquella dirección.

Lya siguió la dirección que marcaba el brazo de Lukoff, y después de aclimatarse y de enfocar mucho la vista, consiguió divisar una mancha rojiza entre un grupo de estrellas.

- La luna roja sigue perpetuamente a la blanca. No importa cuál sea la época del año, no importa cuánto parezca que se acerque, nunca le da alcance. Está tan lejos de su naturaleza unirse, como lo está de las nuestras, Lya. Volved a vuestra habitación, mi dama, y dormid. Mañana a la hora de siempre partiremos, para entrar en Palanthas a mediodía.

Todo cuanto Lya había ensayado decir, todo lo que inundaba su corazón desde la huida, todo lo que había germinado en su alma durante el viaje, se le vino encima. Su mundo se rompió cuando Lukoff le habló en esos términos, y un infinito y eterno ¿por qué? se dibujó en su alma sin encontrar el camino hasta su boca. Sus sentimientos se transformaron en lágrimas, que ocultó tapándose la cara con las manos, se volvió rápidamente, y tan silenciosamente como se había abierto, la puerta se cerró tras ella, de forma firme esta vez.

El pomo quemaba en las manos de Lukoff tanto como en su lengua el ácido de las palabras que se había obligado a pronunciar, y cuando la puerta se cerró definitivamente, necesitó apoyarse en ella, luchando consigo mismo por contener las ganas de volver a abrir.

CAPÍTULO 19. Boasil

La media jornada de viaje que les quedaba a Lya y Lukoff fue extremadamente rápida, y aun faltaba más de una hora para el mediodía cuando entraron en la ciudad por la Puerta del Este.

Ninguno de los dos hizo demasiado caso a lo que les rodeó desde ese instante, pero si hubieran prestado atención tal vez se habrían mareado con el incesante ir, venir, y circular de gentes, mercancías y vehículos. La ciudad era un hervidero de barrios superpoblados, cada uno con un mercado, cada uno con los templos de los ídolos más adecuados para las gentes de cada barrio, cada barrio con gentes de una región concreta del continente, y cada calle con su correspondiente caballero vigilante.

Cada calle tenía un único sentido de circulación, sólo que éste variaba constantemente, fijado por la casualidad que hacía que tomaran la calzada los vehículos que tenían éste u otro sentido. Sólo los peatones tenían aparente libertad de circulación, tan completa que interrumpían constantemente la circulación de las carretas con mercancías.

El resultado de aquel caos, la delicia de cualquier kender si se permitiese la entrada de kenders en Palanthis, aparte de momentáneos desabastecimientos y de la desesperación de los conductores de las carretas, era un bullicio de palabras inidentificables, en el que el Común era la lengua mayoritaria, pero no la única.

Lya y Lukoff avanzaron como pudieron hacia el centro antiguo de la ciudad, una zona donde los caballeros guardianes a sueldo de los mercaderes más prósperos de Palanthis mantenían un mayor orden, para tranquilidad de las familias ricas que aún tenían allí su residencia.

No tardaron demasiado en encontrar su destino, una vez en el casco antiguo de la ciudad. Se trataba de un edificio de cuatro alturas, de piedra gris y recia puerta de madera, ante la cual montaba guardia un caballero.

- Somos Lya Feetberg, hija de Joral, y Lukoff, su sirviente. Mi hermano Boasil nos está esperando.

- Un momento, señor.

Lya no tenía ni idea de que su padre fuese tan rico como para poseer aquel inmueble en la mismísima Palanthis.

El guardián regresó a los pocos minutos, cediéndoles el paso a la finca.

- Mi señor Boasil se encuentra en la ciudad en estos momentos, pero tenemos órdenes de acomodarlos lo mejor posible.

“¿Mi señor Boasil? ¿No es otro sirviente de mi padre?” Lya se preguntaba constantemente cosas sobre lo que veía o creía ver, para tratar de cerrar su mente a lo que ésta quería analizar de verdad, cómo Lukoff se había comportado como lo había

hecho, por qué resultaba que estaba tan equivocada, cuando su instinto le decía que él debía sentir algo por ella... Pero la muchacha no se permitía centrarse en semejantes pensamientos, porque sabía que las lágrimas aflorarían nada más dejarlos hacerse presentes en su cabeza...

Lukoff y ella fueron acomodados, como había dicho el caballero a sueldo de su padre, en dos habitaciones diferentes, también de plantas distintas.

Lya estaba en la última planta del edificio, desde la que podía ver casi toda la ciudad, y su bulliciosa naturaleza. Pero nada de aquello le llamaba la atención. No sabía qué sería ahora de ella, escapada de casa, en una ciudad que no conocía, en casa de un hombre que ignoraba que existiera y sola, porque aunque Lukoff se quedase, era como si no, ahora que sabía que no la amaba. ¿Lo sabía? ¿Estaba segura de ello? Aquellas palabras... ¿No habría alguna oportunidad? Ella “sabía” que Lukoff albergaba algún tipo de sentimiento. ¿Se reprimía a causa de su padre? Al pensar en este último, a Lya le dio otro vuelco el corazón. No había pensado apenas en sus padres en todo el viaje, y eso le hizo sentirse culpable, además de temerosa, porque uno de los detalles que debía averiguar era si su padre estaba enfermo, aunque ahora se le antojaba inútil e infantil todo lo que había pasado, pues nada habían de saber en aquella oficina comercial...

En estos pensamientos estaba la chica, cuando observó cómo entraba en la calle un jinete a toda velocidad, para acabar parando con impresionante maestría frente a la casa.

También Lukoff, dos plantas más abajo, vio la llegada del jinete, y cómo el guardián le daba las riendas del caballo a un sirviente que salió de una dependencia menor de la casa, por donde se llevó al alazán a un establo interior, aunque eso Lya no lo pudo saber. Una sonrisa de tranquilidad asomó al rostro circunspecto del enviado de Joral, que salió de su habitación y se fundió en un abrazo fraternal con el recién llegado, a la mitad de las escaleras.

- ¿Cómo estás, hermano mío? ¿Os ha resultado placentero el viaje?

Sólo Lukoff podía conocer la ironía de aquellas palabras, porque sólo él podía escuchar el mensaje telepático de su hermano.